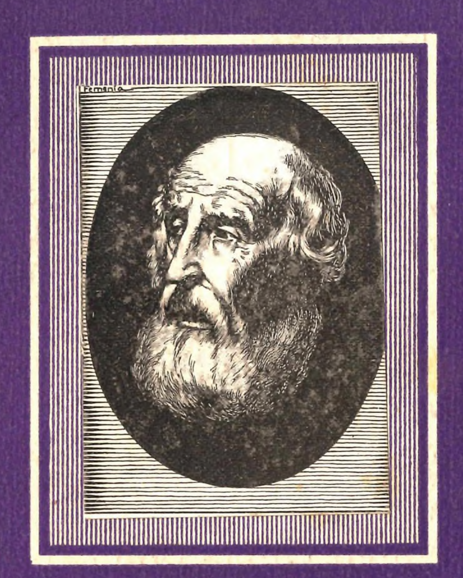




VIDAS SANTIFICADAS



SAN JERÓNIMO

por

JOSÉ GROS Y RAGUER, Pbro.





Otra obra hagiográfica del autor:

VIDA DE SANT MIQUEL DELS SANTS

a base de los procesos de canonización y de otras primeras fuentes

Volumen de 304 páginas. Editorial Balmes, Barcelona, 1936.

VIDAS SANTIFICADAS

SAN JERÓNIMO

PADRE Y DOCTOR DE LA IGLESIA

POR

JOSÉ GROS Y RAGUER, Pbro.
Catedrático del Seminario Conciliar
de Barcelona



EDITORIAL CASTALIA
PARIS, 138
BARCELONA

NIHIL OBSTAT:
El Censor,
Dr. GABRIEL SOLÁ BRUNET

Barcelona, 15 de abril de 1940

IMPRÍMASE:
† MIGUEL DE LOS SANTOS,
Obispo A. A. de Barcelona

Por mandato de S. E. Rdma.
Dr. LUIS URPÍ CARBONELL, Pbro.
Canciller-Secretario

Printed in Spain
Impreso en España

Talleres Gráficos de la S. G. de Publicaciones, S. A. — Borrell, 243-249. Barcelona

SAN JERONIMO

Padre y Doctor de la Iglesia

I

COMO EL CIERVO SEDIENTO...

(344 - 374)

El que en el transcurso de los tiempos había de ser el Doctor Máximo en la exposición de las Sagradas Escrituras y uno de los más sabios varones de la antigua Iglesia, fué un niño perezoso y asaz reacio al trabajo de aprenderse las lecciones; el que había de ser el más apasionado enamorado de los libros, fué en su adolescencia un escolar adocenado, más amante de los juegos de su edad que de las clases de su pedagogo.

Mostrábase listo el jovencito, pero sus padres eran lo suficientemente ricos para que no creciera mimado y un poco voluntarioso. El hogar que le cobijó —casa de propietarios opulentos, en Stridón, ciudad de la Dalmacia, Grahovo en la Bosnia actual— era demasiado grande y confortable, demasiado dotado de criados y rodeado de jardines, para que el pequeño estudiante no se sintiera inclinado a la holganza y no encontrara

escondites y complicidades al llegar las horas de lección. Bien es verdad que no se puede achacar a sus progenitores que abandonaran los cuidados de su formación religiosa y moral. Gracias a la firmeza con que se la inculcaron, el futuro portento del cristianismo no se descarriará de la recta senda ni será víctima de los vicios de la juventud endeble y sin raigambre. La religión fué el primer alimento de su espíritu y la piedad el sendero por donde encaminara sus pasos en sus primeras mocedades.

Diversidad de pareceres ha habido sobre el año natalicio del Santo. Hoy se da por casi seguro el 344. Su padre se llamaba Eusebio, y le transmitió su nombre. Por Eusebio-Jerónimo es conocido en la Historia Eclesiástica. Se ignora el nombre de su madre, lo mismo que el de una hermana, que, andando el tiempo, le irrogó no pocos disgustos. Tuvo también un hermano bastante menor que él, llamado Pauliniano, a quien se llevará consigo a Tierra Santa, y una tía llamada Castorina, con la cual tuvo alguna discrepancia que trata de desvanecer en cartas a ella dirigidas.

A los quince años empieza a despertarse en Jerónimo el deseo de saber. Poco a poco le irá dominando y le invadirá en tal forma que su impaciente curiosidad va a convertirse pronto en un serio peligro para su salud corporal. El padre intuye la extraordinaria capacidad del muchacho y adivina que el anhelo que le absorbe es una exigencia de ambiente, un imperativo que reclama nuevas auras vitales, ricos elementos de ilustración, maestros príncipes y soberanamente maduros. Así, pues, determina enviarle a Roma para que se forme en las letras humanas bajo la dirección del célebre gramático Elio Donato, y del no menos famoso retórico Mario Victorino, que acababa de convertirse ruidosamente al cristianismo. Jerónimo acoge con indecible alegría la decisión paterna. Ante sus ojos, febrilmente abiertos, atisba amplísimos horizontes y lozanas regiones del espíritu en las cuales, seguramente, se va a calmar su sed.

Ni que decir tiene que los progresos del joven en tan exquisita escuela fueron rápidos, y pudiera decirse fulminantes. Increíble parece la celeridad con que se adueñó de todos los secretos de la lengua y la elocuencia latinas. A los dos años

de su estancia en Roma —tendría escasamente unos veinte— era ya un verdadero escritor y un orador considerable. Fué, sobre todo en el estudio de autores romanos —poco, relativamente, en el de los clásicos griegos— donde su mente se sumergió con avidez. Se aprendió de memoria a Virgilio, analizó meticulosamente todos los discursos de Cicerón, asimiló a Salustio, Tito Livio, Quintiliano, leyó a Lucano y a Séneca. Aparte de ello, sabemos por él mismo que estudió también los *Diálogos* de Platón, la *Introducción* de Porfirio, los *Comentarios* de Alejandro de Afrodisia sobre Aristóteles... De suerte que en el bagaje cultural que se iba a llevar de Roma no eran despreciables sus conocimientos del idioma y de los escritores helénicos. Nos dice, además, que empleaba en libros casi todo el dinero que le enviaban de Stridón, y que se fué formando por aquellos tiempos una rica biblioteca de clásicos, en gran parte copiando los códices por su propia mano. Así se preparaba ya, sin sospecharlo siquiera, para las gigantescas empresas de carácter lingüístico que le absorberán más adelante.

Por esta época Jerónimo no estaba todavía bautizado. Sabido es que en los primeros siglos cundió bastante la costumbre de no presentarse al bautismo hasta que se hubiesen pasado los más grandes peligros de la juventud. Prudencia frente a las posibles profanaciones de la iniciación cristiana. Prudencia frente a los austeros deberes que la vida de verdadero cristiano imponía. En la antigua Iglesia hubo una conciencia muy viva de esos deberes. Por las *Confesiones* de San Agustín sabemos que la tolerancia común excusaba mucho más fácilmente las caídas de los no bautizados. Claro que dicha prudencia reportaba gravísimos inconvenientes. Entre ellos podemos recordar las angustias pasadas por Gregorio Nacianceno y por Sátiro, hermano de San Ambrosio, quienes sufrieron lo indecible al ser asaltados en el mar por una embravecida tormenta y por el miedo inesperado de morir sin haber recibido el bautismo.

El estudiante estridonense no dejará de ser catecúmeno probablemente hasta muy cerca de sus veintidós años. Sabemos que fué bautizado por el Papa Liberio, que gobernó la Iglesia desde el 352 hasta septiembre del 366, pero es casi seguro que el bautismo no tuvo efecto hasta los últimos meses de su ponti-

ficado. Jerónimo realizó antes un viaje a las Galias y pasó una temporada en Tréveris, donde residía a la sazón la corte del emperador Valentiniano I. En las Galias fué donde se hizo el firme propósito de recibir el agua bautismal y la resolución absoluta de cambiar completamente de vida.

Cambiar de vida. Así se expresa el Santo. ¿Es que había sido tan mala la que llevara en la Ciudad Eterna? Su pasión por el estudio y su enorme laboriosidad no permiten sospecharlo. Por otra parte, él mismo nos dice que las emociones religiosas de la infancia siguieron vivas en su corazón y nos atestigua su solaz predilecto de los días festivos durante aquellos años, que no era otro que visitar las basílicas y las catacumbas. Ya viejo, nos cuenta esas visitas, en su comentario sobre Ezequiel: "Cuando vivía en Roma en mi juventud, estudiando las letras humanas, acostumbraba los domingos, junto con algunos compañeros de mi edad y de mis aficiones, visitar los sepulcros de los apóstoles y de los mártires." Algo hubo, sin embargo, en su conducta, que más tarde le llenará de amargos remordimientos. Algunas salpicaduras del mal mancharon su alma. En una carta a Cromacio, uno de sus amigos entrañables, afirma que su juventud no estuvo inmune de caídas. En su famosa epístola a Heliodoro, donde le reprende por su tardanza en abrazar la vida monástica, se expresa en esta forma: "¿Qué haces aún en medio de la turba, puesto que escogiste ya la soledad? Y advierte que si me permito amonestarte, no es porque mi barquilla y mi bagaje no hayan sufrido daño alguno. Como el náufrago echado en otros días a la playa, con tímida voz anuncio el peligro a los que navegan..."

Hemos consignado la breve estancia de Jerónimo en Tréveris. ¿Buscaba algún empleo en la corte? Así se ha sospechado. Lo cierto es que en ningún momento abandonó los libros y que allí descubrió una literatura que hasta entonces había desconocido, por miedo a la rusticidad del estilo: la eclesiástica. Enamoróse de ella y empezó su estudio copiando una obra de San Hilario. Cierto es también que hizo allí observaciones preciosas sobre la lengua popular del país y que recorrió varias de sus ciudades, aprovechando de veras el tiempo en ampliar su cultura, ya tan extensa. Las noticias que da

sobre Mayenza, Strasburgo, Reims, Amiens, Arras, Tournai, Lión, Narbona, Tolosa y otras poblaciones, revelan que visitó gran parte de aquellas provincias y que nada perdonó para adquirir nuevos conocimientos, ya en bibliotecas, ya en conversaciones con los sabios.

El nuevo cristiano buscó en seguida ambientes a propósito para entregarse al ascetismo y a los estudios religiosos. De momento, se dirige a la ciudad de Aquilea, metrópoli de su provincia natal. Allí entra en una especie de convento o cenáculo de hombres ilustres dedicados a la meditación y a serios trabajos de Historia y de Sagrada Escritura. Traba cordialísima amistad con algunos de ellos, que después serán destinatarios de gran parte de su correspondencia. Citemos a Valeriano, obispo de la diócesis; a Heliodoro, a Cromacio, a Rufino, contra quien, al transcurrir los años, polemizará con acritud. Se sospecha que el Santo abandonó Aquilea por causa de su hermana, que se había lamentablemente desviado de sus deberes cristianos y que le dió algún quehacer ingrato, afortunadamente coronado por el éxito. Fuese por razón de ese asunto, o ya, simplemente, para pasar unos días en el seno de la familia, estuvo por este tiempo en Stridón. Escribe que marchó asqueado de su ciudad por la rusticidad y la corrupción de costumbres que en ella dominaban, agravadas con la mala conducta de Lupicino, su sacerdote. "Tienen por Dios al vientre —dice— y allí el más rico es el más santo. La olla tiene una digna cobertera: Lupicino."

Deseoso de multiplicar el caudal de su inquieta inteligencia, se embarca, probablemente sin rumbo determinado, solamente con el anhelo de recorrer parajes donde pueda ahondar en el conocimiento de la antigüedad y perfeccionarse en el idioma griego. Visita a Atenas, la Tracia, toda el Asia Menor, la Capadocia, la Cilicia. Se detiene unos días en Jerusalén y ora fervorosamente en los Santos Lugares; párase también en Tarso, la patria de San Pablo, para estudiar las particularidades de la lengua de sus epístolas. En todas partes habla con maestros famosos, reza en las iglesias, admira las obras del arte antiguo, visita monasterios y pide consejos a los más austeros solitarios. Finalmente, en otoño del 374, le encontramos en

Antioquía. Es la única fecha cierta que tenemos de esos tiempos de vida trashumante, nerviosa, continuamente encendida en deseos de aprender algo nuevo. Bien le cuadra a Jerónimo, de sus quince a sus treinta años, la imagen del ciervo bíblico que busca, ágil y nobilísimo, el manantial de las aguas...

II

DE LA DECEPCIÓN DE UN YERMO A LA CANCILLERÍA PAPAL

(374 - 382)

El manantial sería para Jerónimo la Santa Escritura inmensamente estudiada, abundantemente bebida en sus versiones más vetustas y en sus textos originales. Durante su primera estancia en Antioquía había iniciado sus trabajos de escritor eclesiástico. Unos monjes egipcios le habían contado recientemente las austeridades de San Pablo de Tebas, precursor del gran Antonio en la vida eremítica. Se entusiasmó con la narración y compuso su admirable vida del primer ermitaño, el precioso librito que ha sido delicia y acicate para tantas almas y una de las más bellas obras de la hagiografía. Pero al mismo tiempo escribió también su primer ensayo bíblico: un comentario místico al profeta Abdías, que inmediatamente de haberlo publicado le produjo íntimo sinsabor. Acababa de asistir a un curso intenso de griego que diera el sutil Apolinar de Laodicea, el futuro hereje. Por otra parte, los sabios del Oriente habían llenado su cerebro de alegorías, desviándole un tanto de su sano positivismo occidental. Empapado de ese espíritu helenístico y simbolista, no es extraño que en su primera producción exegética pecara algo por alambicamiento y pueril pre-

ciosismo. Esto fué lo que le disgustó en seguida. Acusóse de ligereza, de falta de ciencia, de raquitismo espiritual. Empezó a pensar que para escribir sobre la Biblia no estaba bastante preparado técnicamente y que, sobre todo, no se había ejercitado lo suficiente en la vida evangélica. Se convenció de que le era necesaria la educación de la soledad y la penitencia, y determinó sujetarse a ella definitivamente. En efecto, en 375 sale de Antioquía y camina unas quince leguas hacia el sudoeste, internándose por el desierto de Calcis, en el cual numerosos monjes y anacoretas rivalizaban por su austeridad con los de la Tebaida.

Si esperaba Jerónimo disfrutar de paz espiritual, no la encontró ciertamente en los ayunos, vigilias y penitencias del desierto. Los recuerdos de su juventud escolar enturbiaron su alma y amenazaron incluso su pureza. Nos pinta él sus angustias y sus luchas, casi desesperadas y definitivamente victoriosas, en páginas harto conocidas, de belleza inmortal. "¡Cuántas veces, en aquella vasta soledad, calcinada por el fuego del sol, creía yo encontrarme todavía en medio de las delicias de Roma! Estaba solo, y mi alma entregada a sus tristezas. Un saco sucio deformaba mi cuerpo, y mi carne, tostada, me daba el aspecto de un etíope. Lloraba y gemía a todas horas. Y si, a pesar de mis esfuerzos, me dominaba el sueño, mis huesos mal unidos parecía que se quebraban sobre la tierra desnuda. Nada quiero decir de mi comida y de mi bebida; en aquel desierto, apenas los monjes enfermos se atreven a probar un poco de agua fresca; tomar un alimento cocido se tiene por destemplanza. Pues bien: yo, que por temor al infierno, me había condenado a una cárcel en la que convivían conmigo los escorpiones y las fieras, me veía con frecuencia entre las danzas de las jóvenes de Roma. El ayuno debilitaba mi cuerpo, pero en el cuerpo helado el alma se abrasaba de deseos; en mi carne semi-muerta ardía aún el incendio de las pasiones culpables. En medio de aquella desazón, me arrojaba a los pies de Jesús, los regaba con mis lágrimas, los enjugaba con mis cabellos y con semanas de ayuno trataba de domar la materia rebelde. No me avergüenzo de recordar mi desgracia; lloro más bien por no ser ahora lo que entonces era. Recuerdo que

muchas veces continuaba yo exhalando gritos lastimeros cuando el día sucedía a la noche, y no cesaba de golpearme el pecho hasta que la palabra de Dios, que domina a las tempestades, restablecía la calma. Mi celda misma me era odiosa, como cómplice de mis pensamientos. Siempre irritado contra mí mismo, me iba internando solo en el desierto. Al encontrar un valle profundo, algún monte áspero, algunos peñascos abruptos, los convertía en lugar de mi prisión y en calabozo de mi cuerpo miserable. Pero el Señor me es testigo: a veces, después de haber llorado mucho y contemplado largamente el cielo, me sentía transportado y me veía entre los coros de los ángeles..." (Epist. XXII, a Eustoquia.)

Para reducir los ímpetus de la carne y reprimir su imaginación, recurría vigorosamente al estudio, no menos que a la penitencia. Bajo la dirección de un monje judío, convertido al cristianismo, empezó a aprender el hebreo. Las dificultades de este idioma, de vocablos rudos y sibilantes, le resultaron enormes. "Sólo yo, que tanto sufrí, puedo atestiguar la cantidad de esfuerzos que invertí en la tarea, los obstáculos que en la misma encontré, las veces que, desesperado, abandoné el estudio, para reanudarlo más tarde, llevado por un obstinado deseo de aprender. Y gracias doy a Dios porque de siembra tan costosa he sacado frutos sabrosísimos." (Epist. CXXV. "Ad Rusticum".)

A esta época pertenece un dramático sueño, que el Santo cuenta a su hija espiritual Eustoquia, en la carta hace poco citada. Formado su gusto literario en las obras de la antigüedad clásica, guardaba para con ellas un sincero amor y mantenía la afición a su lectura. "Después de noches enteras de vigilia, después de derramar abundantes lágrimas al recuerdo de mis pecados, tomaba, por ejemplo, para solazarme, un volumen de Plauto. Si, entrando dentro de mí mismo, determinaba leer a los profetas, su estilo me parecía rudo y desaliñado. ¡Ciego de mí, acusaba a la luz en vez de culpar a mis ojos!" La visión le curó de su amor excesivo a los escritores paganos. Fué en mitad de la cuaresma, probablemente la del 375. Enfermo y agotado por la falta de descanso, durmióse a despecho de su calenturienta sobreexcitación. De pronto, se sintió trans-

portado ante el Tribunal del Juez Supremo. "Una voz me pidió quién era. Respondí que era cristiano. "Mientes, me dijo el Juez, tú no eres cristiano, sino ciceroniano, pues donde está tu tesoro allí está tu corazón." Entonces el Juez mandó azotarle. Recibía él los azotes postrado en el suelo y clamando: "Señor, Señor, tened piedad de mí." Por fin, algunos que se hallaban a su alrededor se echaron a las plantas del divino Juez, suplicando perdonara al flagelado y le concediera tiempo para hacer penitencia. Añade el Santo que se vió suelto después de haber jurado no leer los libros profanos. ¿Cumplió Jerónimo aquel juramento, hecho en sueños y, por tanto, sin auténtico uso de su voluntad? Este argumento invocaba, precisamente, cuando, años más tarde, Rufino le acusaba insidiosamente de perjuro. Lo cual permite suponer que no observó de un modo absoluto su solemne voto imaginario, si bien es cierto —como atestigua el mismo Santo— que se aplicó desde entonces con mucho más ardor a la lectura de los libros sagrados, a expensas del afecto que antes tuvo a los de Roma y Grecia.

Otras molestias perturbaron la tranquilidad de espíritu codiciada por el ilustre solitario. Diversas cuestiones disciplinares y dogmáticas agitaban la iglesia de Antioquía, y los diferentes partidos y tendencias venían continuamente a consultarle, empeñados todos en que les diera la razón. El Santo procedía con extremado tacto, a fin de no suscitar más luchas y también porque no veía con claridad la solución de aquellos problemas. Las peleas tomaron tal cariz, que Jerónimo se creyó en el deber de escribir al pontífice romano, que era el glorioso español San Dámaso. "Creo —dice— que debo consultar a la cátedra de Pedro... Vois sois la luz del mundo." La epístola es emocionante por la cordial sumisión con que proclama el primado romano. "Yo sé que sobre esta piedra ha sido edificada la Iglesia. El que come el cordero pascual fuera de esta casa, es un profano; el que no está dentro de esta arca de Noé, será arrastrado por el diluvio."

Jerónimo deja el desierto, extenuado por los combates internos y hastiado de visitas impertinentes. Se cobija otra vez en Antioquía. Allí, el obispo Paulino le fuerza, en 378, a recibir el sacerdocio. Accede a condición de no ser obligado al servicio

ministerial de la diócesis; percibía claramente que sus proyectos culturales y ascéticos exigían mucha libertad de movimientos.

Hacia el año 380, encontramos al infatigable viajero en Constantinopla, al lado de San Gregorio Nacianceno. Del glorioso prelado aprende preciosas lecciones, que después recordará muchas veces con placer. Allí conoce asimismo a otro gran doctor: San Gregorio de Nisa. Estas excelsas amistades le retienen hasta el 381 o principios del 382. Por una parte, pierde la compañía del genial patriarca, que abdicó la sede para retirarse a una soledad, después del segundo Concilio ecuménico, celebrado en Constantinopla en dicho año 381. Por otra parte, el papa Dámaso había convocado otro Concilio que debía celebrarse en Roma, y el Santo sentía deseos de acudir en tal ocasión a la Ciudad Eterna, para acabar de ver dilucidadas algunas cuestiones del Oriente. Decide, pues, la partida. En el viaje le acompañan dos obispos ilustres: Paulino de Antioquía y Epifanio de Salamina.

Trabajos importantes, amistades selectísimas, pero también amargas luchas y pruebas, le esperaban en la capital del mundo cristiano. Su primera labor le abrió camino glorioso. Intervino en el Concilio, y de tal manera mostró su erudición y la seguridad de su doctrina, que San Dámaso quedó francamente prendado de su espíritu y su competencia. Muy pronto le nombró secretario, confiándole desde luego colaboraciones que por su delicadeza sobrepasaban las mismas atribuciones del cargo. El gran pontífice le cobró cada día nuevo aprecio y le amplió incesantemente el crédito espiritual que le abriera. A menudo pedía luces al sabio exégeta, y se apoyaba en sus consejos como en terreno definitivo. Hay que decir, empero, que también el Papa tuvo en la vida de su colaborador una decisiva influencia. Cuando vió que leía enormemente pero escribía poco, le dirigió paternales reprimendas. "Veo que duermes —le dice—. No escribes, te contentas con leer, y eso no es trabajar. Para despertarte, te envío aquí unas cuantas cuestiones, que deseo me resuelvas cuanto antes." Fué entonces cuando le lanzó a sus primeros trabajos de versión bíblica. Los Evangelios habían sido traducidos del griego al latín ya en los pri-

meros tiempos, para uso de la cristiandad occidental; pero la versión primitiva había sufrido en las copias muchas alteraciones y adiciones y mezclas diversas de textos de los cuatro evangelistas. Dámaso encarga a Jerónimo la revisión según el original griego. Otra revisión importante confía a sus manos: la del psalterio, en el cual se había introducido un número semejante de corrupciones. Aparte de eso, y también por orden del Papa, Jerónimo traduce dos homilías de Orígenes y empieza una versión del tratado del Espíritu Santo de Dídimo de Alejandría.

III

EL MENTOR DEL FEMINISMO CRISTIANO

(382 - 385)

Al establecerse nuevamente en Roma, circundaba ya al gran asceta una aureola de prestigio bien merecido, la cual fué abrillantándose desde los primeros momentos. La fama de su ciencia y de su virtud había llegado a la ciudad del Tíber por medio de numerosos mensajeros. Frecuentemente los correos traían a Roma, como a otras ciudades de Italia y de las playas del Adriático, preciosa correspondencia del sabio varón. Durante su estancia en Antioquía, y aún en el mismo desierto de Calcis, había estado en contacto con todo el mundo religioso y literario. Continuamente le llegaban libros, y también consultas que le obligaban a la contestación. Muchas de sus cartas eran conocidas y estimadas por los fieles romanos. Su epístola a Heliodoro, escrita en Calcis, se había propagado de un modo singular y era recitada de memoria por más de una dama de la buena sociedad devota. Los dos prelados venidos con él contribuirían con sus elogios y noticias al inmejorable predicamento del egregio presbítero. También causaría impresión su colección de libros, su biblioteca magnífica de códices, que llevaba siempre consigo a todas partes. Finalmente, su inter-

vención en el Concilio romano constituyó una consagración rotunda. Fué desde entonces —permítase la mundana expresión— el hombre del día.

La oración y la penitencia habían templado el carácter de Jerónimo. Sin menoscabo de su energía, era el erudito dálmata menos irascible que antes; sin mengua de su pasión por el estudio, controlaba todas sus actividades el pleno dominio de la voluntad. Despuntada, como si dijéramos, por el rigor del ascetismo su expeditiva intemperancia de intelectual, se hizo más accesible y más humano. Muy pronto el ambiente de la urbe fué limando un tanto más sus asperezas. Todo ello hizo posible que al poco tiempo se convirtiera nada menos que en paternal director de un grupo de mujeres de la más exquisita feminidad, que, bajo su égida firme y prudente, iban a marcar un reguero de luz en la historia de la piedad católica.

Hubo una conquistadora del austero Doctor. Dice él mismo que procuraba mostrarse muy arisco con las damas romanas, pero que aquélla puso tanto empeño, fué tan impertinente, que logró vencer su reserva. Era Marcela, nobilísima descendiente de los Escipiones. Desde su infancia fué una ardiente discípula de San Atanasio, obispo de Alejandría, entre cuyos recuerdos guardaba un ejemplar de su vida de San Antonio Abad, que el mismo gran prelado le regalara y que ella leía con frecuencia y emoción. Casada muy joven y muy pronto viuda, reputada como una de las mujeres más hermosas de Roma, rechazó numerosos y riquísimos pretendientes, tomando el partido de una continencia irrevocable. Repartió a los parientes sus joyas y pedrerías, sus túnicas de oro y su anillo de patricia; se despidió de las sedas y brocados, cubriendo su cuerpo con un sayal monjil, y se entregó a la ascesis más pura y a la lectura de los libros santos. Por fin, había convertido su palacio en casa de oración y cenáculo de estudios religiosos.

El secretario del Papa se dignó aceptar la dirección de aquel cenáculo. Lo formaban ilustres señoras y damiselas, unas más que otras entrenadas en los ejercicios de la devoción y de la penitencia y en los conocimientos escriturísticos y teológicos. Algunas no habían abandonado todavía las vanidades propias

de su sexo y ostentaban la elegancia y riqueza de sus vestidos, el brillo deslumbrador de sus joyas, el bermellón de sus labios y mejillas. Otras, en cambio, vestían monásticamente y no mostraban signo alguno de mundanalidad.

Dada la fama del nuevo Director, podemos imaginar, sin desviarnos un ápice de la objetividad histórica, el gozo que invadiría a los corazones, en el selecto Círculo de estudios femenino, al recibir la noticia de la aceptación. Podemos imaginar asimismo, a base de datos de rigurosa exactitud, la primera sesión celebrada alrededor de la eminente presidencia.

El palacio de Marcela estaba en la colina del Aventino. Veamos cómo van subiendo por ella las aristocráticas liceístas, unas a pie, otras en lujosas literas llevadas por esclavos.

Entre las primeras, Asela, ya avanzada en años, venerable por su virtud, cuya dulzura nos ha elogiado Paladio, el historiador de San Juan Crisóstomo. Muy jovencita aún, dejó ya los collares y adornos y comenzó a seguir de cerca al Cordero Inmaculado. Alma sencilla y candorosa, transparente como el cristal; penitente endurecida en largas vigilias y ayunos casi totales, que solían durar semanas enteras; amable con sus amigas, y aún más con los pobres, con quienes compartía todas sus cosas. La acompaña Lea, viuda ejemplar, que, después de abandonar una vida de gran fausto, se ha convertido en protectora de catecúmenos, levantando para ellos un espléndido edificio-refugio. Caminan muy cerca de ellas Marcelina, hija de un gobernador de las Galias, admitida ya desde su más tierna juventud en el número de las vírgenes del Señor, Feliciana, Felicidad, distinguidísimas las dos, y otras varias, cuyos nombres no han conservado las historias. Muy probablemente, también subirá por sus pies la majestuosa Furia, de nobleza milenaria, que ha conservado en el seno de la humildad cristiana el aire de emperatriz que en otros tiempos ostentara y el paso de diosa que le dió renombre en la vida mundana.

Va en su litera, entre otras, Fabiola, el tipo acabado de la dama elegante, cubierta de sedas y oro, adornada con opulencia de perlas, discretamente maquillada. Está casada en segundas nupcias y ha sido infortunada con ambos maridos. No

tiene la piedad de otras muchas compañeras suyas, pero hay que decir que más tarde cambiará radicalmente y reparará los errores de su pasado con grandes manifestaciones de penitencia pública y con magníficas obras de caridad, que le valdrán la corona de Santa.

Hablemos, sobre todo, de Paula y sus cuatro hijas: Blesila, Paulina, Eustoquia y Rufina, que ante la puerta del palacio están apeándose de sus literas, rodeadas de abundante servidumbre. Paula no es todavía la ferviente hija espiritual de Jerónimo, la penitente sin par, tan conocida y amada por los siglos devotos. Descendiente de esclarecidos patricios, dueña de una cuantiosa fortuna, quedó viuda hacia los treinta y cinco años y lloró exaltadamente a su marido. Serenóse después en el estudio, y recientemente la ganó Marcela a la piedad. Habla el griego, conoce el hebreo y canta los salmos davídicos en su lengua original. Sin embargo, hace vida de sociedad, ama al mundo y su cuerpo está acostumbrado a una molicie bizantina. Pronto, muy pronto, va a tomarse venganza de su pretérito, con una vida de austeridades inverosímiles. Blesila, su hija mayor, es viuda también, desde hace poco, después de solo siete meses de matrimonio. Alma de buena calidad, sincera y excelentemente inclinada, tampoco ha entrado aún en la ruta de la severidad penitencial. Se preocupa cuidadosamente de los ropajes y las piedras que mejor puedan cuadrar a su luto ostentoso; se pasa largos ratos ante el espejo. No va a transcurrir mucho tiempo sin que se transforme también por completo, para vivir unos meses de fervor, preparación de su muerte prematura. Paulina, equilibrada y apacible, piadosa y saturada de buen sentido, se está preparando para su boda con el senador Pamaquio, virtuoso cristiano, primo de Marcela. Eustoquia, la tercera hija, es la más fervorosa y modesta. Mereció recibir del papa Dámaso el santo velo virginal. Tiene dieciséis años y un espíritu siempre despierto en un cuerpo menudo; por su reflexiva seriedad, por su voluntad de acero, es todo un carácter. La pequeña, de doce años, gusta de la devoción y de las lecturas santas, pero sin inclinación alguna al hábito de las vírgenes.

Estamos en una tarde de septiembre del año 382. La diá-

fana luz de un magnífico ocaso otoñal da a las piedras del palacio y de las villas del Aventino un tono dorado, y a toda la campiña un tinte rosáceo que parece una sonrisa. Algunas patricias, antes de cruzar el umbral, vuelven los ojos hacia la ciudad, que se tiende a sus pies con indolencia y con cierta melancolía, como cansada de conquistas y de sangre de mártires.

En la escalinata de mármol son cumplimentadas las concurrentes por Marcela, su madre Albina y su hija adoptiva la joven Principia. Atravesado el regio vestíbulo, se introducen en la sala de conferencias. Allí, después de los saludos y besos de rigor, esperan al varón de Dios, comentando la bendición con que han sido favorecidas. "Me contó Marcela —dice una de ellas— que se excusaba alegando ser un recién llegado del Oriente después de diez años de no cultivar la elocuencia y la literatura. Dijo así: Me he desentrenado en el latín, a fuerza de hablar, o mejor dicho, de silbar el hebreo. San Pablo decía que no poseía la ciencia del bello lenguaje pero sí la de Jesucristo. Lo cierto es que poseía una y otra. En cuanto a mí, temo que buscando la segunda he perdido poco a poco la primera y que me ha pasado lo que al perro de Esopo: he olvidado lo que había adquirido en mi juventud y no encontré todavía lo que busco."

A los pocos minutos hay en la reunión un movimiento de miradas y actitudes hacia la puerta que se abre. Un brevísimo murmullo impone silencio, y las ilustres hijas de Roma se inclinan con reverencia ante el humilde penitente. Jerónimo viste un sayal de oscuro color y tiene la faz ennegrecida por el sol de la Calcidia; sus ojos son extraordinariamente vivos; lleva el cabello sencillamente cortado a la romana; sus labios dibujan un leve rasgo de amargura; su figura es intrascendente y nada bella, pero de su aspecto reservado y de su vista se desprende algo misteriosamente atractivo, dulce, imponente.

Marcela hace la presentación de cada una de las liceístas. Después, añade con elegante sobriedad: "He aquí, venerable Padre, nuestro Círculo de estudios. Hemos ido trabajando en la ilustración de nuestras inteligencias y en la formación de nuestros espíritus, hasta ahora sin maestro. Bendecimos al Señor que os envía a nosotras en este día dichoso."

Jerónimo sonríe y contesta: "Hermanas mías; yo sé que más de un sabio podría consultaros sobre la Santa Escritura y el Dogma cristiano, y que para algunas de vosotras el griego y el hebreo no tienen secretos. Seré yo quien aprenda en vuestra escuela... En fin, sentaos, y veamos de qué modo podemos trazar nuestro programa. ¿Desde cuándo funciona vuestro Círculo y qué cosas lleváis estudiadas o en estudio?"

Una rica figurilla, que no es otra que Paula, se mueve en su asiento y responde: "Nuestras reuniones se celebran desde que recibimos ánimos de Paulino y Epifanio, los santos prelados que se hospedaron en mi casa cuando el Concilio; aunque un poco antes, Marcela habíanos ya iniciado en la tarea. Por lo que hace a las materias que nos han ocupado, mi amada hija Eustoquia, secretaria del Círculo, puede leeros una referencia."

Eustoquia, ruborizada, abre un pequeño cofre de marfil y, sacando un rollo, empieza la lectura de la lista. Va ésta encabezada con los nombres y obras de algunos autores paganos, de los cuales se ha estudiado algún aspecto. Jerónimo frunce el entrecejo, pero reaccionando inmediatamente contra su involuntario movimiento nervioso, se expresa de esta manera: "Sí, está bien: Platón, Cicerón, Séneca... Moisés y los Profetas mismos tomaron mucha cosa de los libros de los gentiles. Salomón interrogaba a los filósofos de Tiro y contestaba a sus consultas. ¿Acaso San Pablo no sacó a relucir un verso de Epiménides, en su epístola a Tito? Y en su primera a los Corintios, ¿no cita uno de Menandro? Y en su disputa en Atenas, ¿no apeló al testimonio de Arato? ¿Qué podríamos decir de los Doctores de la Iglesia? Todos se alimentaron de los mismos paganos a quienes refutaban. Así David decapitó a Goliath con la propia espada del gigante." Aquí el antiguo apasionado de los clásicos reaccionó otra vez, ahora en sentido opuesto, y prosiguió, diciendo: "Sin embargo, hijas mías, ¡cuán despegados deben estar nuestros corazones de los paganos! Si dedicamos algún tiempo a su estudio, ha de ser tan sólo para poder penetrar mejor los libros divinos."

Continuó la joven secretaria la lectura de su rollo. Seguían unos epígrafes sobre geografía palestiniana, otros sobre los Evangelios y las Epístolas paulinas, algunos sobre cuestiones

escogidas del Antiguo Testamento. Cuando terminó, mostróse complacido Jerónimo por la orientación del esquema e invitó a las reunidas a que expusieran sus particulares deseos respecto a los temas que debían ser tratados en lo futuro. Varias fueron las que tomaron la palabra. Blesila propuso el estudio del libro del Eclesiastés, que seguramente sería de gran consolación para su espíritu. Fabiola, el de varios problemas sobre el pueblo de Israel en el desierto. Asela, el de la vida de los anacoretas y cenobitas del Egipto y de la Tebaida. Otras pidieron que se estudiara la historia de los cristianos de las catacumbas, la pedagogía sobre la educación de las jóvenes, la argumentación en favor de la virginidad, contra el hereje Helvidio... Marcela, Paula y sus hijas suplicaron una y otra vez el predominio de los temas bíblicos. Jerónimo parecía dar su aprobación a esta tendencia.

Por fin, el venerado presidente dió una señal de silencio y se dispuso a hablar. "Con gran placer —dijo— procuraré ayudaros en vuestros estudios. Trabajaremos, sobre todo, en el de las Santas Escrituras. Nuestro pontífice Dámaso me ha encargado, precisamente, la revisión de las versiones latinas de los Evangelios y del Psalterio, a base del original griego y de la versión de los Setenta, respectivamente. Vosotras vais a colaborar en este trabajo, hijas mías, a la vez que yo haré cuanto pueda por la formación de vuestra sólida cultura religiosa. Al lado de los Evangelios y del Psalterio, estudiaremos los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas. No abandonaremos los demás libros del Antiguo Testamento. A veces, acudiremos a los textos hebreos. Cada uno de los libros sagrados tendrá para vosotras un interés especial. El de los Proverbios os trazará una sabia regla de vida, al paso que en el Eclesiastés aprenderéis el desprecio de las cosas del mundo y en el de Job la santa paciencia. Os fortalecerá sobremanera el heroísmo de Judit. Después leeréis los Profetas, los libros de los Jueces, Reyes, Macabeos, Esdras y Ester; en último término, el Cantar de los Cantares. Aparte del estudio escripturístico, os hablaré de los grandes dogmas: la Trinidad, la Encarnación, la Providencia divina. Estudiaremos la Iglesia y su Historia, los argumentos contra las herejías, y nos ejercitaremos en la Apologética. No dejare-

mos de tratar puntos morales, especialmente la penitencia y la caridad. Por último, cuestiones litúrgicas, cuya belleza va a resultaros fascinadora. Todo eso, como tarea esencial del Círculo; secundariamente, hablaremos de muchas otras cosas. Sabéis que yo he viajado mucho y confieso que no creo haberlo hecho inutilmente. Quien mucho vió, mucho aprendió. Puedo contaros muchas maravillas de la Germania y de la Tracia, de Constantinopla, de Atenas, donde he podido contemplar la Acrópolis y el Partenón; de Jerusalén, donde he besado los sacratísimos recuerdos de Jesucristo; de la Siria, donde admiré la vida de los solitarios y de los monjes, herederos de Hilarión y de Pablo. Podremos ocuparnos también algo de pedagogía y de los autores griegos y latinos de nuestro tiempo. He aquí un campo muy amplio, que no recorreremos en pocas semanas ni en pocos meses."

El femenino auditorio manifestó su entusiasta conformidad y su gratitud con un rumor de satisfacción. Después se prolongó aquella sesión preliminar, con interesantes acotaciones del nuevo Director, cuyas palabras todas le revelaban lleno del espíritu de Dios y de auténtica sabiduría.

El Círculo del Aventino duró casi tres años, con sesiones frecuentísimas, y constituyó una de las realizaciones de noble feminismo que más eficacia han tenido a través de los tiempos. Fué, ciertamente, una novedad. Aquellas matronas y jóvenes romanas eran el exponente de una emancipación desconocida, la de la mujer. La Iglesia del siglo IV, al pedir o aceptar de las mujeres, no solamente sus obras de caridad y sus oraciones, sino también su trabajo intelectual, operaba una verdadera revolución en pro de la dignidad femenina; revolución que influirá de un modo positivo en el desarrollo e integración histórica del espiritualismo cristiano, rico en matices, abundante en psíquicos valores.

IV

OTRA VEZ LEJOS DEL MUNDANAL RUIDO...

(385 - 386)

Dijimos ya que el buen predicamento del sabio extranjero en Roma fué creciendo de día en día desde los primeros tiempos. No menos fué aumentando su influencia positiva en la sociedad romana. Era natural que, al mismo tiempo que llegaba al cénit su gloria, surgieran los envidiosos y los chismosos que trataran de empañarla. Como suele acontecer en semejantes casos, hubo murmuradores que le censuraron por laxo y otros por rigorista. Estos últimos se contentaron con el vulgar denuesto de sus supuestas exageraciones ascéticas, pero los primeros no tardaron en esgrimir el arma de la calumnia.

El influjo de Jerónimo en las asiduas concurrentes del Aventino no se redujo al campo de su formación doctrinal, sino que trascendió de un modo intenso a la vida moral de cada una. Pronto fué el verdadero director espiritual de todas ellas; director duro, autoritario y casi diríamos despótico, pero lleno a la vez de ternuras paternales sorprendentes. Las incitaba con cierta exigencia a las virtudes más austeras y a la práctica de los consejos evangélicos, las encarriló en las obras de la más abnegada caridad, el cuidado de los enfermos, el trato fraterno

con los desgraciados y con los pobres, la limosna sin cálculos, y las acostumbró a los ejercicios de la más ruda penitencia. Pero al mismo tiempo las amaba con purísima dilección apostólica y no desdeñaba de gastar largos ratos por su bien, dando a todas detallados consejos y escribiendo para ellas importantes tratados en forma de epístolas, que todavía hoy son alimento substancioso y ancho solaz de numerosas almas elevadas. Revelación del amor con que las apreciaba fueron las efusiones con que tomó parte en sus penas y las lágrimas que dedicó a la muerte de algunas de esas hijas de su corazón.

Sometiéronse con especial docilidad a su imperio Marcela, Paula y sus hijas Blesila y Eustoquia. Había gozado la primera las primicias de la dirección que el Santo ejercitara en la Ciudad Eterna, y conservóse bajo su dulce yugo con afección cada día más incondicional. De Paula dirá más tarde Jerónimo: "Imposible encontrar un espíritu más obediente que el suyo." En poco tiempo se transformó esa ostentosa dama romana en la mujer más sencilla y modesta, la más humilde y penitente, la más clemente y amable para con los menesterosos y los pobrecitos. Entregóse a la severa expiación de lo que llamaba su vida mundana, pareciéndole grandes pecados las frivolidades propias de la alta sociedad en que había vivido. "Es preciso —decía— afear este rostro que en otro tiempo pinté... afligir este cuerpo que saboreó el deleite, compensar con lágrimas el reír excesivo de antaño y substituir los finos lienzos por el cilicio. Preocupéme en otros días de agradar a mi marido y al mundo; ahora sólo quiero agradar a Cristo." Empezó a practicar prolongados ayunos, como excelente remedio contra las inclinaciones al placer material. Decía siempre: "Es mejor tener enfermo el estómago que el corazón." Por parecidos senderos entró Blesila, movida por la palabra del sabio asceta y por el ejemplo de su madre, y advertida providencialmente por una enfermedad maligna que por aquellos días contrajo y que debía llevarla pronto al sepulcro. Dejaron de ser su preocupación los vestidos, las joyas y su magnífica cabellera rubia. Cubrióse, igual que su madre, con una túnica austerísima y un velo humilde, y dióse a la devoción y al estudio, avanzando prodigiosamente en el conocimiento del hebreo y de la Escritura, espe-

cialmente de los salmos. Eustoquia, cada día más silenciosa y más discreta, no se afanaba en otras cosas que en los trabajos del Círculo y en los ejercicios de piedad, sorbiendo embelesada todas las palabras de Jerónimo, como en otro tiempo la hermana de Marta sorbiera las de Jesucristo.

En el año 384 falleció Blesila, víctima de la fiebre, con gran disgusto de todas las damas y doncellas del Círculo y terrible desconsuelo de su madre y sus hermanas. Profunda fué asimismo la aflicción de Jerónimo, como lo demuestra el patético elogio que dedicó a la difunta. "¿Quién me diera —dice— un manantial de lágrimas, y podría yo llorar, no como Jeremías los males de mi pueblo, no como Cristo la miseria de Jerusalén, sino el golpe con que una sola muerte nos ha arrebatado la santidad, la misericordia, la inocencia, la castidad y tantas otras virtudes de Blesila? No es ella la que ha debido llorar al dejarnos; somos nosotros, nosotros que la hemos perdido... ¿Quién recordaría, sin estallar en sollozos, su perseverancia en la oración, la belleza y bondad de su hablar, la seguridad de su memoria, la finura de su espíritu?" Habla después de la perfección con que Blesila poseía el griego y el latín y de los progresos enormes que había hecho en el hebreo. Inmediatamente consagra una alabanza a sus austeridades, la describe en su lecho de muerte, todavía con los Profetas y el Evangelio en sus manos temblorosas, y recuerda la postrera súplica que hizo a los circunstantes: "Rogad al Señor que me perdone por no haber ejecutado mi promesa", refiriéndose a su voto de abrazar la vida monástica. Prosigue el Santo el panegírico —puede leerse en su carta XXXIX, dirigida a Paula— con encendidos elogios a la pureza acrisolada de Blesila y a sus demás tesoros de virtud. Y, finalmente, exclama: "¿Qué es lo que estoy haciendo? Prohibo a la madre que llore y estoy llorando yo. Sí, confieso mi dolor; la página que estoy escribiendo está mojada por mi llanto. Pero, ¿qué importa? ¿No lloró Jesús a Lázaro porque le amaba? Te lo aseguro, Paula... Siento el mismo dolor que te despedaza. Era mi hija del alma, yo la había nutrido con la leche de mi caridad..."

Celebróse el sepelio de Blesila con gran solemnidad, concurriendo al mismo toda la aristocracia romana y una verda-

dera muchedumbre. La madre, engañada por sus fuerzas, quiso acompañar al féretro, pero cayó rendida en mitad de la ceremonia litúrgica. Y empezó a correr el murmullo de los maldicientes: "Ved a la madre llorando a su pobre hija, víctima de sus ayunos y extravagantes maceraciones. ¿Quién se la mató sino ese monje nefando, con sus excentricidades estúpidas? ¿Cuándo será que echemos de Roma a ese hombre funesto, mimado de las más ricas matronas?"

En la última reconvención asoma lúcidamente uno de los motivos de la envidia enemiga, especialmente por parte de algunos clérigos. Entre ellos no faltaban los que además estaban indignados por la acritud con que el severo secretario papal había reprendido su tibieza y su asegleramiento. Con los mismos formaban coro algunos familiares de las piadosas discípulas de Jerónimo. Contra él crearon unos y otros una verdadera atmósfera de odio. Lo dirá más tarde el Santo, a cuya perspicacia no escapaba la captación del ambiente: "Muchos que me besaban la mano, me hubieran desgarrado con sus dientes de víbora."

En diciembre del mismo año 384, fallecía el papa Dámaso, y su secretario salía de la cancillería, quedando sin el augusto apoyo que hasta entonces le había sostenido y a merced de sus voraces adversarios. Éstos se hincharon de alegría, más o menos disimulada. "Fingían dolerse —dice el Santo— de lo que les llenaba de placer." Jerónimo se refugió en casa de Paula, mientras maduraba sus planes para un porvenir próximo. Percibía claramente que su situación en Roma se iría haciendo insostenible.

No contaba, sin embargo, con la infamia que alguien insinuó hacia la primavera del 385, incriminando su amistad con la santa viuda. Hasta entonces sus detractores se habían reducido a llamarle indiscreto, desorbitado, loco, pero ahora "el barco se abría", como dice él mismo, el naufragio se precipitaba. Se esparció más o menos la vil especie, y, aunque el calumniador inicial fué llevado por el Santo a los tribunales y tuvo que confesar su perversidad, Jerónimo comprendió que su misión en la Ciudad de los papas había terminado y se dispuso a dejarla para siempre.

Acompañado de su hermano Pauliniano, el presbítero romano Vicente y algunos monjes, se dirige al puerto de Ostia. Antes de embarcar con tan excelentes compañeros, escribe a su discípula Asela una carta memorable, en la cual se refleja toda su indignación y amargura. "Sería yo insensato si creyera que puedo mostrarme dignamente agradecido para contigo. Pero Dios premiará tu alma santa en mi lugar, por el bien que me has hecho. En cuanto a mí, soy indigno de ese bien, y nunca he tenido el derecho de esperar o aún desear que tú me concedieras una tan grande afección en Jesucristo. Aunque ciertas gentes me creen un criminal, aplastado por el peso de sus delitos (claro que la acusación es poca si se atiende a mis pecados), harás bien, sin embargo, en juzgar según tu corazón acerca de quiénes son los buenos y quiénes los malos." Se justifica Jerónimo en seguida de las especies calumniosas con que ha sido salpicado, apelando a la memoria y al testimonio de Asela y de todo el Círculo del Aventino. "He explicado a mis discípulas lo mejor que pude los libros divinos. El estudio crea la asiduidad, la asiduidad engendra la familiaridad, la familiaridad una mutua confianza. Digan, empero, las discípulas si han tenido jamás de mí otra idea que la que se deba tener de un cristiano. ¿He recibido dinero de alguna? ¿No rechacé todos los regalos, pequeños e importantes? ¿Pronuncié alguna palabra dudosa, o eché jamás una mirada atrevida?" Parece que vemos temblar su pulso y chispear sus ojos mientras escribe estas palabras: "¿Yo criminal, yo hipócrita y solapado, yo mentiroso y engañador? Antes toda la ciudad me quería y admiraba; la opinión general me juzgaba digno del Sumo Pontificado... Mas he aquí que de repente me han abandonado todas las virtudes... Sin embargo, doy gracias a Dios, porque me ha juzgado digno de que el mundo me odie." Se despide de Asela con estas palabras: "Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, y entonces se verá cómo ha sido la conciencia de cada uno. Acuérdate de mí, modelo de virginal pureza, y con tus plegarias suaviza las olas del mar durante mi navegación."

Fué el rumbo de Jerónimo hacia Chipre, donde le recibió gozosamente San Epifanio, el obispo de Salamina. Desde allí

se dirigió a la ciudad de Antioquía, donde pasó unas semanas al lado de Paulino, el otro gran prelado amigo. Mientras tanto, habían embarcado también Paula y Eustoquia en busca suya, acompañadas de algunas doncellas consagradas a Dios por el voto de virginidad perpetua. Había deseado Paula, desde antiguos tiempos, visitar el Oriente, sobre todo la Palestina y los desiertos cenobíticos del Egipto. Partía ahora para realizar sus deseos con toda la amplitud, puesto que en su plan estaba no emprender el viaje de regreso. Llegó el grupo a Chipre, donde San Epifanio devolvió a la noble dama la hospitalidad que ella le diera en Roma. Después de diez días de descanso, se dirigieron a Antioquía, donde encontraron a Jerónimo.

Paulino deseaba retener a sus huéspedes mucho tiempo, pero Paula quería llegar cuanto antes a Jerusalén. Así, pues, se organizó una piadosa expedición a los Santos Lugares, juntándose las dos comitivas, la de Paula y la de Jerónimo, a quien acompañaba, además, un hebreo de Antioquía, que le prestó grandes servicios en aquel viaje para él científico a la vez que devoto. Paula, que antaño no se movilizaba más que en su preciosa litera y llevada por sus criados, hizo la excursión montada en un asnillo. Fueron visitados detenidamente todos los recuerdos del Salvador, gozando los peregrinos inefables emociones. De Paula nos dice el Santo que en Jerusalén "lamió" más que besó el Santo Sepulcro, "como si quisiera apagar la sed sobrenatural que la devoraba." En la Cueva de Belén, fué tanto el entusiasmo de la esclarecida penitente, que resolvió quedarse para siempre en la patria del Salvador. "¡Yo, miserable pecadora, he sido tenida por digna de besar el pesebre donde lloriqueó mi Redentor niño, de orar en el establo donde la Virgen Madre dió a luz a mi Señor! ¡Oh, qué dicha! Este será el lugar de mi descanso, puesto que ésta es la casa de mi Dios; aquí habitaré, en la morada que Jesús escogió para sí." (Ep. CVIII, Ad Eustach.)

En esa forma decidió Paula su definitivo establecimiento en Belén. La misma decisión había hecho o estaba madurando Jerónimo. Pero antes de ponerlas en obra, creyeron conveniente completar su viaje visitando el Egipto. El país de los Faraones les ofreció nuevos motivos de devoción, como antiguo

destierro de la Santa Familia y como inmensa colmena de anacoretas y varones heroicos en la penitencia. Otro motivo llevaba a Jerónimo al Egipto: quería conversar con el entonces más famoso representante de la Escuela de Alejandría, Dídimo el ciego. En efecto, los dos pudieron entrevistarse detenidamente, como afirma el Santo: "Mi cabeza comenzaba a cubrirse de cabellos blancos, que más cuadran a un maestro que a un discípulo... Sin embargo, escuché las enseñanzas de Dídimo, y tengo muchos motivos para agradecérselas." (Ep. LXXXIV, a Pamaquio.)

El viaje de Jerónimo duró, en conjunto, un año. En el curso del mismo, no cesó de recoger nuevos conocimientos geográficos, lingüísticos, históricos, recibió numerosas lecciones de rabinos, resolvió emprender su magna obra, o sea, la revisión de la Biblia a base de los textos originales, y reunió abundante material bibliográfico para realizarla. En 386 está otra vez en Palestina y se establece en Belén, dispuesto a trabajar intensamente, en definitivo retiro. Será oportuno recordar que no es viejo, a pesar de sus canas: ha cumplido los cuarenta y dos años.

V

UNOS AÑOS DE PAZ

(386 - 393)

La primera preocupación de Jerónimo al estabilizarse en Belén, fué ejecutar el plan que traía formado sobre la erección de un monasterio. Los compañeros que habían viajado consigo desde Roma formarían la primera base de la Comunidad. Para la realización de la obra, pensó utilizar el patrimonio de que había entrado en posesión por la muerte de sus progenitores: unas granjas, a la sazón semi-destruídas por los bárbaros, que habían ya penetrado en su país natal. Pauliniano se encargó de venderlas. Poco fué, sin embargo, su importe para llevar a cabo la empresa. El resto necesario se lo proporcionó la generosidad de Paula. El monasterio se levantó junto a la iglesia de la Natividad, y el Santo escogió como celda de trabajo y oración una especie de gruta muy cercana a la del divino Salvador.

Por su parte, realizó también Paula su propósito, levantando para sí y sus acompañantes una morada provisional de varias celdas y convirtiéndola al poco tiempo en un espacioso monasterio femenino, situado a unos cien pasos del de Jerónimo. Al lado edificó una hospedería para los peregrinos.

No tardaron los dos monasterios en verse poblados copiosamente de monjes y de vírgenes. En la dirección de ambos, Jerónimo y Paula se ayudaban mutuamente, poniendo a contribución, él su energía y prudencia, ella su talento administrativo y su femenina intuición, uno y otra su santidad y ejemplaridad ascética. En sus epístolas elogia él repetidamente el orden admirable, el espíritu de oración, de humildad y de trabajo, que en la comunidad de Paula reinan. Respecto a la vida de su comunidad propia, se muestra también encantado de la docilidad y alta espiritualidad de sus monjes. En una carta dirigida por Paula y Eustoquia a Marcela —obra del mismo Santo— se nos pinta con belleza idílica la santidad de aquel enjambre de varones y, en general, de las comunidades masculinas del país. Después de poner de relieve que los galos y occidentales tardan un poco más en progresar en la vida monástica, a causa de su dificultad de adaptación al clima, hablan así de los monjes orientales, venidos de la Armenia, de la Persia, de la India y de Etiopía, del Egipto y la Capadocia, de Siria y de la Mesopotamia: "De todas las regiones vienen hacia acá, para dar ejemplo de todas las virtudes. Son diversas sus lenguas, pero la religión es la misma... Entre ellos, no se ve aparecer la soberbia, ninguno se enorgullece de su castidad; si se disputan, es para obtener el lugar más humilde; y el último de todos no deja de ser estimado como el primero. No se juzgan unos a otros, por temor santo a los juicios del Señor. La maledicencia, tan común en otras partes donde unos hombres devorarían a los otros, es desconocida aquí completamente. Nada hay tampoco que respire lujo ni sensualidad... En esta campiña de Cristo es todo simplicidad y, excepto cuando se oye el canto de los salmos, todo silencio."

El mismo Jerónimo llama a sus primeros siete años de Belén su época pacífica. Fueron, indudablemente, los más felices de su vida. Todo le embelesa en este período, vive arrobado en dulces admiraciones, una suave brisa de renovación circula por las páginas que escribe o dicta. Todos los trabajos y tareas a que se entrega le proporcionan consuelo. Funda una escuela de Humanidades, donde ejercita a los jóvenes en el conocimiento de los clásicos griegos y latinos. Organiza un Escritorio,

donde sus monjes se dedican a la copia de códices. Mantiene correspondencia con numerosos sabios y amigos. Como labores ligeras, reanuda la interrumpida traducción del tratado de Dídimo sobre el Espíritu Santo y de las Homilías de Orígenes sobre el Evangelio de San Lucas; compone un tratado de etimología y geografía bíblicas, sólido estudio sobre lugares y nombres hebreos; escribe unas bellas biografías de hombres ilustres de la Iglesia; realiza y planea otros varios trabajos de menor importancia. Y todo le llena de gozo, de santo optimismo, y lo ejecuta sin inquietudes ni aflicciones que perturben el ritmo de su actividad. Más dificultades encuentra en su gran labor de revisión textual de las Escrituras, que comienza y adelanta notablemente en estos años. Se trata de una obra ingente, enorme, de la cual apenas sabemos formarnos idea. Jerónimo tiene que vencer continuos y espinosos obstáculos. A la intensificación del estudio del hebreo, bajo el magisterio de sabios israelitas, ha de añadir el estudio de la lengua caldaica, en que está escrito alguno de los libros del Antiguo Testamento. No importa. De todo va triunfando con parsimonia y sin azoramientos, y cada pequeña victoria es para él una alborozante alegría. Por otra parte, su santa amiga Paula, que es la primera en incitarle al trabajo bíblico, le ayuda con esplendidez: su munificencia continua le libra de toda preocupación material, le proporciona los libros que necesita, le paga lecciones de rabinos, amanuenses a quienes dicta, lectores que alivien su vista harto cansada; y ella misma, con su hija Eustoquia, colabora personalmente en su tarea escripturística, aprovechando ambas todos sus conocimientos lingüísticos para aligerarle en lo posible el peso de la labor gigantesca.

No eran ésos, sin embargo, los más grandes goces del alto varón. El puro manantial de todas sus dulcedumbres fué la deliciosa vitalidad de su oración y de su penitencia, a las cuales pudo entregarse de lleno, sin los combates y sinsabores del desierto calcídico. La contemplación y el rezo del psalterio constituyeron su pasto sabrosísimo del día y de la noche; largos ayunos y vigilias, flagelaciones y ejercicios mortificativos de toda especie eran recreo de su alma y más parecían aguzar que no debilitar su inteligencia. Un continuo gozar de Cristo,

sufriendo y crucificándose por Cristo; eso fué su vivir profundo, base de su constante alegría espiritual.

Muchas satisfacciones daba a Jerónimo su abundante correspondencia. Gracias a ella, desde su rincón estaba al corriente de cuanto sucedía en el mundo cristiano, sobre todo en el orden cultural. Para un hombre de ciencia y de un dinamismo como el suyo, había de ser ello muy placentero. En otro aspecto lo era la correspondencia de pura amistad, como la que sostenía con sus antiguos compañeros de Aquilea y con algunos amigos de Roma. Estando en la ciudad papal, se le había reprochado el que se dedicara sólo a la instrucción femenina, y respondió entonces agudamente: "Si se me acercaran los hombres a preguntarme sobre la Escritura, hablaría menos a las mujeres." Pero en cierta ocasión había manifestado su regocijo por ver que en la Babilonia, es decir, en Roma, se encontraban Daniel, Ananías, Azarías y Misaél. Se refería a cuatro hombres selectos, devotísimos suyos, los cuales frecuentaban el palacio del Aventino, e incluso eran admitidos a las sesiones de la piadosa academia: Pamaquio, primo de Marcela y prometido de la segunda hija de Paula; Océano, varón cultísimo; Marcelino, que en los días de San Agustín fué en el Africa el más concienzudo de los magistrados; Domnión, sacerdote de avanzada edad y de reconocidas virtudes. Carteábase Jerónimo con ellos, y este cordial contacto le resultaba un refrigerio de extraordinario sabor. Tampoco tenía olvidadas a sus ex discípulas, y ellas seguían consultándole con dócil afecto. No le faltaban, pues, consolaciones, divinas y humanas, en la soledad de su gruta. No le faltaría, ciertamente, alguna espina; pero en sus cartas se muestra contento y alegre, encantado de su vida. Son curiosos, en este sentido, unos párrafos de aquella época, dirigidos a Marcela, en los cuales habla del lugar de reposo que ha encontrado después de las tormentas pasadas en los mares de la existencia. Los transcribimos a continuación.

"Mi puerto —dice— es la soledad y el campo. Comemos aquí pan muy rústico, hierbas regadas con nuestras manos, leche y otros alimentos campestres, sencillos e inocentes. Con este género de vida, el sueño no puede descarriarnos de la oración, la pesadez del estómago no impide la lectura. En ve-

rano, la sombra de algún árbol ofrécenos refugio; en otoño nos ofrece descanso, bajo un cielo benigno, algún lecho de hojarasca; en primavera, las flores pintan los campos, y el canto de los salmos resulta más dulce entre los trinos de los pajarillos; cuando llega el invierno con sus fríos y sus nieves, no tengo necesidad de comprar la leña; gracias al bosque próximo, puedo velar o dormir, según me plazca, al buen calor de la lumbre. Guarde Roma para sí sus fiestas y tumultos, enrojezcan de sangre sus arenas, resuenen en su circo los gritos insensatos, desborden sus teatros de lujuria... Nosotros estamos aquí sabiendo que lo bueno es unirse al Señor y colocar en Él la esperanza, a fin de que el día en que cambiemos por el reino celeste nuestra pobreza actual, podamos exclamar: "*¿Qué deseo en el cielo y qué he deseado en la tierra, más que poseeros a vos, oh Dios de mi corazón?*"

VI

OBRA DE CÍCLOPE, ENTRE LUCHAS Y DUELOS...

(393 - 405)

Largas y dolorosas pruebas afligen al glorioso Doctor en el resto de su vida: duros combates por la verdad y por la pureza del Dogma católico, rudos ataques de personales adversarios, desagradables controversias con ilustres amigos del alma, tribulaciones a causa de calamidades y peligros de orden público, pérdidas de seres queridos, dignos de ser llorados con lágrimas de subida amargura. Mientras tanto, su labor bíblica apenas se interrumpe, su construcción capital avanza hasta la terminación y el coronamiento. En el período que historiamos en el presente capítulo, concluye Jerónimo la revisión y traducción de la Biblia a base de los textos originales. Dentro del mismo período y en el siguiente, completa su obra con voluminosos comentarios.

La primera y principal aflicción que en estos años vino a turbar su paz, procedió de donde menos podía temerla, lo mismo en cuanto al asunto que en cuanto a las personas. Fué la llamada lucha origenista, en la que intervienen los más distinguidos prelados y teólogos del Oriente.

Orígenes, fallecido en 254, había sido uno de los más in-

signes escritores de la Iglesia primitiva, la figura más interesante de la escuela de Alejandría. Sus numerosas obras constituyeron un verdadero monumento de investigación pacientísima y de saber elevado. Sin embargo, era Orígenes más historiador, escripturista y apologista que teólogo, y así fué cómo, a causa de su acentuado y original personalismo, se deslizaron en sus libros algunos errores. Ya durante su vida fueron lamentadas sus audacias. Pero, sobre todo, le incriminaron muchos después de su muerte. Se le reprochaban sus teorías sobre la preexistencia de las almas; sobre ciertas etapas de penas sucesivas, que no parecían estar conformes con el dogma de la irrevocable y definitiva sanción de la vida humana; sobre la resurrección futura, que espiritualizaba hasta el punto de quitar al dogma de la *resurrección de la carne* su sentido obvio y tradicional. Se le acusaba, además, como a una especie de precursor del arrianismo, por ciertas ideas sobre la Trinidad. Encendiéronse violentas disputas, que perduraban en esta época de nuestro Santo y que en ella se recrudecieron de un modo extraordinario. Algunos negaban que los supuestos errores hubiesen sido escritos por el célebre escritor, afirmando que los habían intercalado los herejes; otros, reconociendo como infundada dicha suposición, trataban de interpretar y defender al admirado Maestro; en fin, los llamados antiorigenistas querían la condenación de las ya indicadas proposiciones.

Jerónimo, que en diversas ocasiones había manifestado sin ambages su profunda admiración hacia Orígenes, se vió obligado a intervenir en la controversia. Graves disgustos iba a costarle la intervención. En ella mostróse francamente antiorigenista, combatiendo la hipótesis de la preexistencia de las almas y otros puntos de vista del gran alejandrino, algunos de los cuales eran evidentemente inspiraciones de la filosofía platónica, igualmente que el indicado. Respecto a su no desmentida admiración por el famoso escritor, puso una y otra vez de relieve que había elogiado al crítico, al intérprete, pero no al teólogo, cuyos errores denunciaba públicamente.

El más importante contradictor de Jerónimo en la lucha origenista fué Rufino, su antiguo camarada de Aquilea, quien después de pasar unos años en Roma y en Egipto, habíase

establecido en Palestina y dirigía a la sazón un monasterio de Jerusalén. Entrañable había sido hasta ahora la amistad de Rufino y Jerónimo. A éste le pareció imposible que pudiera romperse. Sin embargo, profundas diferencias de espíritu les separaban. Rufino, estudioso y erudito, pero de ánimo estrecho y obstinado, aficionado a la ironía fría y hábil para los juegos sofísticos, no se parecía mucho a Jerónimo, alma ardiente y siempre dispuesta a la defensa de la verdad en todas sus formas, aunque fuera con cierto grado de violencia. Violentas fueron —quizá excesivamente— sus diatribas contra el antiguo amigo, y dolorosas las incidencias del combate.

Llevaba Rufino la voz del obispo Juan de Jerusalén, o, por lo menos, era francamente apoyado por el prelado. Entorno suyo, hacían coro a sus palabras todos los monjes de su monasterio. En un plano superior, les daba sombra a todos el patriarca Teófilo de Alejandría. En el curso de la disputa, Jerónimo se separa de la obediencia al obispo Juan, considerándole protector de la herejía, y se adhiere directamente a Gelasio de Cesarea, metropolitano de la Palestina. Tal vez contribuyó a que se precipitara un poco en su decisión, el obispo Epifanio de Salamina, su venerable amigo, hombre de temperamento ardoroso e intransigente, que fué quien le contó con santa indignación la posición origenista del jerosolimitano. Ni en el obispo Juan, ni tampoco en Rufino, tenía que verse a unos herejes —el proceso de la lucha lo demostrará con exceso—, sino a unos simples encariñados de la grandeza de Orígenes, que acudían a todos los recursos del ingenio para defender al maestro alejandrino y presentarle, precisamente, como inmune de toda clase de herejía. Lo cierto es que el paso de Jerónimo creó una situación lamentable, que tardó muchos meses en modificarse satisfactoriamente. El obispo llegó al extremo de reclamar del prefecto civil de la demarcación una orden de expulsión contra Jerónimo, que obtuvo y no llegó a ejecutarse por causas externas y accidentales. Se pensó en el arbitraje de algún prelado superior, pero la designación del mismo encendió nuevas controversias. Jerónimo opinaba que debía acudirse al metropolitano propio, al de Cesarea, o, en último caso, al obispo de Antioquía, patriarca de todo el Orien-

te; mientras que Juan quería la intervención de Teófilo de Alejandría, de antemano inclinado al origenismo. Sin consentimiento de Jerónimo, envió Teófilo al presbítero Isidoro a Jerusalén para que zanjara el asunto, pero resultó imposible el arreglo, y continuó lamentablemente la divergencia. El mismo Teófilo se presentó en Palestina, no para ejercer de árbitro sereno, pues ya previamente se colocó con entusiasmo al lado del obispo, sino para reducir al sacerdote betlemita, pero Jerónimo, lógicamente, no aceptó su autoridad y continuó defendiendo su posición inequívoca.

Esos conatos de paz tenían efecto en el transcurso del año 396. Al año siguiente, se logró la reconciliación deseada, porque Teófilo mudó radicalmente de opinión en la cuestión del origenismo, abriendo sus ojos a la luz y reconociendo que los libros del sabio alejandrino, especialmente el llamado *Periarchon* o de los principios, contenían errores inadmisibles y condenables. Desde entonces, Jerónimo y Epifanio de Salamina fueron sus dos hombres de confianza. Juan de Jerusalén, mediocre teólogo, viéndose sin apoyos superiores, determinó adoptar, o a lo menos no contrariar, la posición de sus adversarios. Rufino siguió su ejemplo. El obispo levantó una serie de interdictos que había fulminado contra Jerónimo y sus monjes, y éste y su amigo se dieron las manos y se reconciliaron recibiendo juntos la Comunión en la iglesia de la Resurrección de Jerusalén.

La lucha, empero, no estaba terminada para siempre. Al poco tiempo resucitó con bríos insospechados. Hallándose Rufino en Roma, un rico llamado Macario, aficionado a las ideas orientales, algo teólogo y probablemente muy poco conocedor del griego, solicitóle una traducción del *Periarchon,* a fin de formarse concepto de la teología de Orígenes, cuya fama había llegado vigorosamente al mundo latino. La empresa era peligrosísima, pues entre las obras de Orígenes, ninguna como el *Periarchon* había despertado las suspicacias y las censuras de la ortodoxia. Rufino lo sabía bien; y por ello se determinó a dar al mundo romano una versión incompleta, un *Periarchon* expurgado, completando los pasajes que quedaban oscuros con frases y fragmentos tomados de otras obras de Orígenes mis-

mo. En el prefacio, confesaba que había hecho algún arreglo en la obra y trataba de justificar su conducta autorizándola, precisamente, con el ejemplo de Jerónimo. Es verdad que no le citaba explícitamente, pero su alusión era clarísima, pues afirmaba seguir un camino trillado por otro más ilustre que él y enumeraba con elogio las obras del asceta de Belén, esgrimiendo a continuación este argumento: mucho antes de que él corrigiera el *Periarchon*, ¿no habían sido publicadas las *Homilías* de Orígenes con supresión o atenuación de todo aquello que hubiese podido alarmar a la severa ortodoxia latina? Con este golpe atrevido obtenía Rufino un doble resultado: rehabilitaba a Orígenes y asociaba a su causa propia a Jerónimo. Su venganza estaba sin duda bien concebida.

No contaba con la reacción genial del Santo. Jerónimo creía que el origenismo era por entonces el peligro capital de la Iglesia. Por esto rechazó, en primer lugar, los elogios comprometedores y la injuriosa solidaridad, y emprendió en seguida una traducción integral del *Periarchon*, convencido de que era mejor poner en evidencia sus temeridades y errores que ofrecer a los romanos una versión mutilada. Por otra parte, aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron para justificar su antiguo aprecio de Orígenes. Por ejemplo, en una carta dirigida a Pamaquio y Océano traza un sincero panegírico de la probidad y la sabiduría del eximio escritor, y a continuación añade: "Homero dormita alguna vez, ¿pero acaso no es perdonable en un largo poema? No sigamos en sus errores a quien no sabemos imitar en las virtudes."

Podemos imaginar el revuelo que levantarían en Roma la traducción falaz de Rufino y la auténtica de Jerónimo, que, por cierto, no ha llegado hasta nosotros. Lo cierto es que el primero vióse obligado a desaparecer de la Ciudad Eterna, después de procurarse unas letras del papa Siricio para poder establecerse en su antiguo obispado de Aquilea. Fué el sucesor de Siricio, el papa Anastasio, quien dió el golpe decisivo al origenismo, condenando los errores de Orígenes en un Concilio romano del año 400, cuyas actas han desaparecido. El Concilio de Constantinopla celebrado en 553 dará a la controversia origenista, atenuadísima ya, pero todavía no muerta,

el que pudiéramos llamar golpe de gracia. En efecto, aceptó absoluta y sencillamente el punto de vista adoptado más de un siglo y medio antes por el santo Doctor de Stridón.

Agriado Rufino por la operante energía del Santo, agravó la contienda iniciando la publicación de su llamada *Apología,* verdadero libro de invectivas contra Jerónimo, cuya aparición por etapas revelaba cuán saturada de despecho estaría su alma. Empleó tres años en ese trabajo, que dividió en dos partes y un suplemento. Su objetivo era doble: deshacerse de toda acusación de herejía, descargándose en Jerónimo, y hacerle odioso mediante una larga serie de imputaciones personales. Entre las mismas era puesta de relieve, con maligna insistencia, la del amor del Santo a los autores paganos y la de su perjurio por no haber abandonado en absoluto las lecturas clásicas, como prometiera a Dios en el célebre sueño. Otro delito, más grave: en su monasterio de Belén, ejercía Jerónimo el oficio de gramático "y explicaba las obras de Virgilio, de los cómicos y de los líricos gentiles a los jóvenes que se le habían confiado para que los formara en el temor de Dios". Con su libro sobre la Virginidad, había perturbado las conciencias y las costumbres de los fieles. Con sus detracciones contra Roma, había deshonrado a la capital del cristianismo. Con sus comentarios audaciosos, había desprestigiado los libros de San Ambrosio. Las acusaciones por el estilo eran abundantísimas. Además de ellas, había en la *Apología* numerosas censuras contra Jerónimo por sus trabajos escriturísticos, en especial por el que se había emprendido con la revisión textual de todos los libros sagrados. "Entre tantos grandes hombres que te han precedido —dice Rufino al Santo—, ¿quién de ellos se atrevió a poner las manos en la obra que te has propuesto?" En verdad, a Rufino no le faltaba cultura, pero acude a menudo, por antipatía y pequeñez de espíritu, a la vulgaridad y a la ignorancia. En su libro hay numerosas ingeniosidades y brillan ráfagas de talento, pero el conjunto resulta depresivo y muy impropio de un hombre de su categoría. Porque hay que insistir en que Rufino no era un vanidoso adocenado ni un herejote desaprensivo, sino un asceta muy selecto y un sincero católico. No permite dudar de esto último la amistad que siempre y hasta su muerte conservó

con personajes tan venerables como San Paulino de Nola, San Cromacio de Aquilea, San Gaudencio de Brescia y otros. Por otra parte, sabemos que envió al papa Anastasio una profesión de fe completamente ortodoxa. Fué temerario, apasionado, la hiel de su corazón produjo sensibles tempestades, pero no se le puede llamar herético.

Por ello resulta más lamentable todavía que su intemperancia, la acidez con que le trata San Jerónimo, llevado por su temperamento y por su entusiasmo en favor de la pureza de la fe. Con razón dicen algunos de los biógrafos del Santo que sus contestaciones a Rufino y, en general, su tono en aquella contienda, resultan la menos lógica de sus campañas. Esas contestaciones las concretó principalmente en una *Apología,* que es modélica en fuerza dialéctica, en vivacidad de estilo, en vigor de lenguaje, pero no en mansuetud y clemencia. Leyendo las páginas de la *Apología,* uno recuerda espontáneamente una frase del papa Sixto V. Pasando un día este Pontífice ante una imagen de San Jerónimo, que le representaba golpeándose el pecho con una piedra, dijo sonriendo: "Haces bien en tener en tu mano ese guijarro; sin él no hubieras llegado a la canonización."

Otra peligrosa controversia pareció desatarse por los años 395 - 405 entre el Doctor Máximo y otro varón mucho más ilustre que Rufino: el glorioso Doctor de Hipona, San Agustín. Providencialmente, se convirtió muy pronto en una serena y razonada disputación, no del todo agradable, pero sí mantenida siempre en los límites de la más afectuosa y humilde cordialidad.

Entre los consuelos gozados por Jerónimo en el período anterior, notable había sido el recibido con la visita que le hizo Alipio, el gran amigo de Agustín, todavía presbítero, para transmitirle sus cariñosos saludos y darle testimonio de su afecto. Dos o tres años más tarde, en vísperas de ser elevado al episcopado, Agustín destinó una carta muy viva a Jerónimo, en la que censuraba con bastante acritud una interpretación que había dado a un texto de la carta paulina a los Gálatas. Habiendo pasado mucho tiempo sin recibir contestación, y siendo ya obispo, le dirigió otra misiva de parecidos términos. Ni una

ni otra fueron entregadas a Jerónimo por los enviados, a causa de diversas peripecias. En cambio, fueron a parar a manos indiscretas y se hicieron públicas, circulando numerosas copias de las mismas por la Dalmacia y por Italia. No hay que decir el pábulo que se dió a la chismografía. Por añadidura, empezó a correr la falsa noticia de que el obispo de Hipona había compuesto un libro contra Jerónimo. Un amigo de éste, habiendo encontrado la segunda carta en una localidad del Adriático, mezclada con otros escritos de San Agustín, sospechó, dada la naturaleza de la misma, que le prestaría un favor a Jerónimo con remitírsela. Cuando el Santo la recibió, su estupor y su disgusto fueron grandes. Mucho más, cuando se hizo cargo del alborozo que las dos cartas habrían producido entre sus enemigos. Las censuras de Agustín merecían una vigorosa respuesta. Se contuvo, no obstante. En primer término, no podía estar seguro de la autenticidad de la carta, por más que pareciera manifestarse en ella el estilo agustiniano; en segundo lugar, el veterano soldado de la ortodoxia sentía repugnancia al planteamiento de una discusión con un prelado tan querido y prestigioso. De momento, optó por el silencio.

No tardó Agustín en captar la noticia de la odisea de las cartas y también los rumores sobre el libro supuesto. Sospechó entonces el dolor que podía haberse producido en el ánimo de Jerónimo, y le escribió una memorable epístola, cerciorándole de la no existencia de tal libro y pidiéndole perdón por la agresividad de sus dos escritos. Desde entonces queda abierta entre los dos grandes doctores una fraternal discusión escriturística a base de la primera objeción de Agustín y de los reparos que pone el santo africano a la empresa de traducción de la Biblia, comenzada y bastante adelantada ya por Jerónimo, juzgándola excesivamente atrevida y positivamente peligrosa. El traductor se defiende bravamente de los dardos de su preclaro amigo, que no es hombre que peque por poca libertad de espíritu. Pero la contienda se desenvuelve en términos de ejemplar serenidad y verdadera mansuetud evangélica. En cuanto a la versión bíblica de Jerónimo, reconocerá más tarde Agustín sus excelencias, y la llamada *vulgata* jeronimiana será usada en su iglesia mucho antes que en otras del Occidente y del Oriente.

Por estos años sufre el mundo civilizado grandes devastaciones y zozobras, a causa de la penetración de los bárbaros. Alarico y los godos se esparcen por la Tracia y por la Grecia, los hunos se desbordan por extensas regiones orientales. San Jerónimo dejó descritas las angustias y los dolores de aquellos días terribles. "Durante el año pasado (395), salieron de las extremidades del Cáucaso y se precipitaron hacia nosotros, no los lobos de la Arabia, de que nos habla la Escritura, sino los lobos del Septentrión, los cuales han recorrido en poco tiempo muchas provincias. ¡Cuántos monasterios saqueados! ¡Cuántos ríos enrojecidos de sangre! Fué sitiada Antioquía, igualmente que las otras ciudades por donde pasan el Cidno, el Oronte y el Éufrates. Los prisioneros eran transportados como ganado; llenas de escalofrío, Arabia, Fenicia, Palestina y las tierras del Egipto se creyeron ya cautivas." (Epist. LX, ad Heliod.). "Que Nuestro Señor y Salvador Jesús aleje del universo romano a esas bestias voraces. Llegan de improviso, más rápidamente que la noticia. Ni la religión, ni la dignidad, ni los años son respetados por tales bárbaros; no tienen piedad ni del niño que lloriquea en la cuna." (Ad Oceanum.) Corrió el rumor de que los hunos se dirigían derechamente a Jerusalén, atraídos por los tesoros que había acumulado allí la devoción cristiana. Jerónimo, con toda prisa, procuróse bajeles que pudieran transportar a lugar seguro a sus monjes y a las vírgenes del monasterio de Paula. Acampados en las playas del Mediterráneo, los fugitivos no aguardaban más que el rumor de la proximidad del invasor, para embarcarse y hacerse a la vela. Jerónimo pinta aquellos días de tribulación. Afortunadamente, el enemigo cambió de rumbo. El Santo y Paula pudieron regresar a Belén y reanudar la vida de los monasterios.

Finalmente, entre las amarguras padecidas en el lapso de los doce años que estamos historiando, se vió afligido el atribulado Doctor por algunas gestas de la muerte. En 397 le llegó la noticia del fallecimiento de Paulina, la segunda hija de Paula, esposa de Pamaquio. A los dos años, escribe al virtuoso viudo una extensa epístola de condolencia, que es a la vez un bello elogio fúnebre. Confiesa que es un consolador tardío *(serus consolator)*, pero la pieza es una verdadera joya, en la que se

refleja su dolor y el aprecio en que tenía a la difunta. Poco después que su hermana, falleció también Rufina, la hija pequeña. En 401 pasaba a mejor vida Fabiola, que pocos años antes había desembarcado en Palestina para unirse a las hijas espirituales de Paula, y que, después de dar en aquel monasterio grandes ejemplos de penitencia, había regresado a Roma en ocasión de la alarma de la invasión bárbara. Se había sabido también el fallecimiento de Albina. Y, por último, el día 26 de enero del 404, cerraba sus ojos, ya casi ciegos desde mucho tiempo a causa de las lágrimas, la santa colaboradora del Doctor Máximo, la esclarecida fundadora, la prodigiosa penitente romana... Con largueza y prolongada diuturnidad se había preparado para ir a recibir el premio del Juez Divino. Desde muchos años atrás, sus ayunos y vigilias habían sido constantes y su oración, continua. Su lecho había sido siempre el duro suelo; sus colchones y almohadas, los cilicios; su bebida, el agua pura. En sus últimos días, Jerónimo la incitaba a tomar un poco de vino para reanimarse. No lográndolo, se quiso valer del influjo de San Epifanio, que vino a visitarla. A las primeras palabras del obispo recomendándole la generosa bebida, contestó sonriente la enferma: "Esto viene de Jerónimo." Y el prelado salió del aposento diciendo: "Si me quedo un poco más, a mis noventa años me persuade a mí de que no debo probar el vino." A fines del año 403, una fiebre persistente la rindió. Jerónimo no la abandonó ya más, para saborear la amarga dulzura de un final tan apacible y recoger su último suspiro, que iba a ser una postrera plegaria. El obispo de Jerusalén y varios otros prelados y sacerdotes asistieron a su agonía y cantaron, en sufragio suyo, unos solemnes funerales en la iglesia de la Natividad. El llanto obligó a Jerónimo a interrumpir largos días sus tareas bíblicas. Lo confiesa repetidamente en sus epístolas y manifiesta su dolor en estas palabras de sobriedad sublime: "¿Quién podrá hablar con los ojos secos de aquella muerte bienaventurada?"

VII

SOLDADO Y OBRERO DE CRISTO HASTA EL FIN...

(405 - 419)

No fué tan sólo la batalla origenista la que atrajera las actividades bélicas del gigantesco defensor de la verdad. Las exigencias del espacio no permiten que digamos algo acerca de su brillante vindicación de la virginidad, contra el hereje Helvidio, impugnador de la blanca virtud y del dogma de la perpetua virginidad de María. Tampoco es posible hablar de sus copiosas páginas contra el español Vigilancio, debelador del culto e invocación de los santos, de la veneración de las reliquias, de la plegaria por los difuntos, del ayuno, del celibato clerical... Su conjunto de ataques a las más arraigadas tradiciones de la Iglesia vienen a hacerle un precursor de los heresiarcas del siglo XVI. Con una lógica aplastante y una insuperable elocuencia, desmenuzó Jerónimo los argumentos de tan peligroso pre-luterano. Silencio absoluto nos imponemos sobre otras peleas doctrinales en que intervino el Santo gloriosamente. Queremos, con todo, dar cabida a una breve noticia de su campaña contra el pelagianismo, aparecido y lamentablemente propagado a principios del siglo quinto.

Las grandes herejías orientales habían impugnado los mis-

terios de la vida divina: la Trinidad de Personas, la divinidad del Verbo, etc. Ahora Pelagio, irlandés, espíritu sutil y audaz, fijó sus ojos en la naturaleza humana y pretendió suprimir la doctrina tradicional de la gracia. Para él, el hombre, dotado del don divino de la libertad, puede cumplir todos sus deberes, aun los más difíciles, evitar todas las faltas, hacerse inaccesible al embate de las pasiones. Niega, además, el pecado original. La naturaleza humana es buena y se basta, no hay necesidad de un remedio que la cure ni de un auxilio que la eleve sobre sí misma. Desvanécese así, por consiguiente, la idea auténtica de la Redención y la doctrina sobre la necesidad de la oración. Pelagio es el precursor más caracterizado del racionalismo.

La herejía se estaba esparciendo por Italia, África, Palestina, gracias a la habilidad de su propugnador y a la actividad de algunos de sus discípulos o admiradores. Los más ilustres hombres del catolicismo, dándose cuenta de la gravedad de las teorías pelagianas y de la insospechada extensión del mal, abrieron fuego contra el hereje, que hasta entonces se había mantenido camuflado en una balumba de buenas palabras y usando trucos de exquisita prudencia. En el año 415, un discípulo de San Agustín, el español Pablo Orosio, que visitó en Belén a San Jerónimo, portador de una carta en la que el obispo de Hipona hacía algunas consultas bíblicas y teológicas a su amigo, dice que ha encontrado al sabio presbítero metido y ocupado en la misma guerra que en aquella actualidad absorbe la preocupación de su maestro: la lucha contra Pelagio. Sabido es que San Agustín escribió largamente sobre la teología de la gracia y pasó años enteros embebido en la contienda pelagiana. En Palestina, desplegó San Jerónimo similar actividad apostólica por la misma santa causa.

Muy pronto nuestro santo Doctor se apercibió de los errores del heresiarca, como puede verse en su famosa *carta a Stesifonte,* escrita cuando todavía las proposiciones de Pelagio andaban envueltas y disimuladas en ambages misteriosos. Ninguna de sus otras cartas ni demás obras revela como aquélla su maravillosa acuidad mental. A base de la nebulosa predicación de los propagandistas pelagianos, de la que, por otra parte, no tiene quizá otro conocimiento que el proporcionado por el ru-

mor público; a base, a lo más, de algún escrito pelagiano de difícil interpretación, reconstruye todo el sistema, señala sus peligros y trascendencia, proporciona buenos argumentos para combatirlo. Además de la carta, importantísima en la historia de las controversias sobre la gracia, publicó tres diálogos contra Pelagio, en los cuales desenmascara su hipocresía y orgullo y pone en evidencia la enormidad de sus errores. En el tercero, hace un gran elogio de San Agustín, por los libros que ha escrito contra la herejía pelagiana.

La autoridad de Jerónimo y la perturbación que el pelagianismo comenzaba a producir en Palestina, movieron al obispo Juan de Jerusalén a la convocación de una conferencia de teólogos, en julio del 415. Ignoramos por qué no concurrió a la misma el septuagenario exégeta. La conferencia, en la cual habló ardientemente Pablo Orosio, no llegó a tomar ninguna decisión condenatoria. Parece que el obispo Juan, no advertido ni escarmentado suficientemente por la cuestión origenista, protegía a Pelagio. Se disolvió la asamblea acordando que los puntos de vista de los diferentes reunidos serían remitidos al papa Inocencio, y recomendando mientras tanto el silencio absoluto sobre lo deliberado. Pero el obispo Juan no guardó el secreto acordado, por lo cual se recrudeció el problema. A la conferencia había acudido personalmente Pelagio, quien no logró con sus malabarismos convencer a todos los deliberantes. No ocurrió igualmente en otra asamblea —un verdadero concilio— convocada por los mismos días en Dioscópolis, por el metropolitano Eulogio de Cesarea. Allí el hereje persuadió de su ortodoxia a los catorce obispos asistentes, si bien fueron condenadas las proposiciones que resultaron después la auténtica teoría pelagiana. Gracias a esa deplorable lenidad, el error se iba propagando.

Grandísima influencia tendría Jerónimo en el apostolado de la pura ortodoxia, cuando una noche del 416 fué asaltado su monasterio de Belén por una turba pelagianista, feroz por su grosería y belicosidad. Sabemos detalles del asalto por el libro *Las gestas de Pelagio,* de San Agustín. De ellos parece deducirse que también la comunidad de Paula, presidida entonces por Eustoquia, pasó su tribulación, siendo notablemente mo-

lestada. "Una banda de gente perdida, servidora de los designios de Pelagio, se lanzó a increíbles violencias. Los siervos y siervas de Dios que moraban en su dulce asilo bajo la dirección de Jerónimo, fueron cruelmente atacados. Fué asesinado un diácono; incendiáronse las puertas del monasterio; Jerónimo escapó de la furiosa invasión refugiándose en una torre." Sería esa torre un refugio que se había construído para que, en un caso dado, pudieran guarecerse los monjes contra las incursiones de los árabes. Añade San Agustín que también Eustoquia y su sobrina Paula, de la cual hablaremos en el siguiente capítulo, fueron a refugiarse en dicha edificación. El obispo Juan no había tomado providencia alguna para impedir los desmanes de los pelagianos, ciertamente previsibles, y ni siquiera después del hecho se preocupó de ayudar a la restauración de las ruinas y de consolar a los asaltados. Jerónimo, por medio del metropolitano de Cartago, envió al papa Inocencio una carta en que le notificaba lo sucedido y se quejaba del desamparo que sus monasterios estaban sufriendo, sin señalar culpable alguno. El Papa comprendió, y envió al obispo de Jerusalén una reprensión severísima, que llegó precisamente cuando acababa de fallecer el prelado (417). Bajo el pontificado del sucesor de Juan, pudo Jerónimo respirar, pues, si bien continuaron en Palestina algunos pelagianos, no pudieron moverse a sus anchas, y Pelagio fué expulsado del país. En una carta dirigida a un amigo llamado Apronio, habla el Santo de esa reconquistada tranquilidad. "Lo mejor que puedes hacer es dejar todas las cosas y venirte al Oriente, y en concreto a los Santos Lugares, donde todo está en paz. Sin duda los herejes conservan siempre el veneno en su corazón, pero no se atreven a abrir sus labios impíos... Nuestra casa, por lo que hace a los bienes materiales, ha sido saqueada a fondo y devastada por la violencia de los herejes, pero, gracias a Jesucristo, abunda en bienes espirituales. Es mejor vivir de sólo pan que perder la fe."

El intrépido batallador nunca dejó de ser trabajador activo. Si damos una ojeada a su actividad constructiva en el decurso de su vida, veremos que en los últimos años no desdice de la realizada hasta entonces.

San Jerónimo es, ante todo, el traductor de los libros santos. He aquí su primer título de gloria. Todo el Nuevo Testamento y todos los libros proto-canónicos del Antiguo, es decir, aquellos cuyo carácter sagrado no se discutía en su época ni se puso nunca en duda, han salido de sus manos, o cuidadosamente revisados o completamente traducidos. De los libros llamados déutero-canónicos, o sea, aquellos que alguna vez fueron objeto de dudas que el Concilio de Trento desvaneció definitivamente, tradujo tan sólo los de Tobías y Judit y ciertos pasajes discutidos de Daniel y Ester, pero no los libros restantes, que son, como saben los amantes de la lectura bíblica, el de la Sabiduría, el Eclesiástico, Baruch y el primero y segundo de los Macabeos. Esta es la razón por la cual esos libros se hallan en la *Vulgata* de San Jerónimo según una antigua versión llamada *itala.* La antedicha revisión y traducción la llevó a cabo desde el año 390 al 405. Quince años de incesantes estudios lingüísticos, compulsión de códices, crítica profundísima. Difícilmente podemos formarnos idea de la enormidad de trabajo y de dificultades vencidas que la obra supone. Sobre todo, si tenemos en cuenta el concepto que San Jerónimo tiene de la versión bíblica y que nos expone él mismo, comparándolo con el que tenía de las traducciones de los clásicos. En una de las epístolas a Pamaquio dice que al verter al latín las obras de los griegos no se ha de observar una literalidad escrupulosa; el problema es presentar fielmente el pensamiento de los autores, adaptando al genio de la lengua latina las formas y figuras de que se sirvieran. Pero de esta regla debe exceptuarse la traducción de la Escritura, en cuyo texto "incluso en la combinación de los vocablos hay algún misterio".

Pero el Doctor Máximo no fué exclusivamente traductor, en su tarea bíblica. La completó con sus comentarios de las Santas Escrituras, densos, agudos y de gran volumen. Nadie tan preparado como él para el comentario, lo mismo que para la versión. Poseía el hebreo, el caldaico, el griego y el latín; había examinado las versiones griegas de las célebres *Hexaplas* de Orígenes y se había comunicado con frecuencia con los más sabios israelitas de su tiempo; nada apenas ponía en obra sobre la Biblia sin consultarlos previamente. Conocía, además, a

todos los escritores que antes de él se habían ocupado en trabajos bíblicos; había leído casi todos los tratados teológicos; era un humanista perfecto, como diríamos hoy, conocedor de todos los secretos de los libros profanos. Añadamos, porque se trata de factores esenciales, su excelsa santidad, su amor incondicional a la verdad, su reverencia profunda a la palabra de Dios. Terminados ya en el período precedente sus trabajos de traducción, se consagró de lleno en el presente —los quince años últimos de su vida— al gran comentario, en especial de los Profetas. Pasman los volúmenes escritos sobre Daniel, Isaías, Ezequiel, Sofonías, y no sabe uno comprender cómo el anciano demacrado por tantos ayunos y afligido por tantas tribulaciones y tan graves combates, pudo entregarse a labores de tal profundidad y envergadura. Dice a Eustoquia, en estos últimos tiempos: "Sabiendo que mi muerte está próxima, y pensando que tal vez no es diferida sino para que pueda concluir el trabajo que me he impuesto sobre los Profetas, me aplico del todo al mismo." Y en el comentario a Ezequiel, explica así su heroica persistencia en la empresa: "En las horas de la noche, que procuro utilizar o, mejor dicho, robar para mis trabajos, y que ahora, en la proximidad del invierno, empiezan ya a ser largas, a la luz de una lamparilla me esfuerzo en dictar mis diversas elucubraciones y distraer con mis trabajos exegéticos a mi alma atormentada... A la pena mental que me produce el dictado, se añade otra: mis ojos están oscurecidos a causa de la edad, como los de Isaac, el santo Patriarca; no puedo leer a la luz nocturna esos volúmenes hebraicos, que aun en pleno día me resultan casi ilegibles por la pequeñez de sus caracteres. En cuanto a los comentarios griegos, los leo por medio de los ojos de mis hermanos."

Hemos visto que no se limitó a esos comentarios la actividad del escritor, en la postrera etapa de su vida: la completan extensos trabajos de polémica antipelagiana y numerosas cartas que son nuevos joyeles añadidos a esa larga colección epistolar jeronimiana, que en todos los siglos medievales y modernos ha constituído la delicia de las almas piadosas, de los historiadores, de los exégetas y de los literatos. Mucho escribió San Jerónimo desde que se revelara como estilista y hombre

de espíritu en libros tan sugestivos como las vidas de San Pablo, San Malco y San Hilarión. Sólo por su labor de historiador y de biógrafo, reflejada en obras tan refulgentes como dichas vidas y sus estudios sobre escritores eclesiásticos (libro *De viris illustribus,* escrito en 392), merecería un puesto distinguido en la literatura cristiana. Hemos podido apreciar que, a través de su existencia, no quedó reducida su laboriosidad a campos poco diversos y poco extensos. Todo en él es abundante, porque fué prodigiosa su capacidad de inteligencia y no menos admirable su capacidad de trabajo. Pues bien: uno de los aspectos más interesantes de la obra de San Jerónimo es el ritmo con que fué producida, en fluencia constante hasta la última vejez y con perfecta confluencia de actividades intelectivas de orden vario, siempre avanzante, siempre plurifacética, hasta el momento en que el insuperable Modelo de trabajadores intelectuales y Ejemplo no superado de eruditos pronuncia su *Bonum certamen certavi, cursum consummavi: peleé el buen combate, terminé mi camino...*

VIII

MUERE EL VIEJO LEÓN ASOMADO A UN MUNDO NUEVO...

(420)

El día 30 de septiembre del año 320 se extinguió junto a la Cueva del Nacimiento de Cristo la vida de aquel coloso de la sabiduría y de la santidad, a quien el arte cristiano se complace en representar con un león tendido a sus plantas.

¿Es verídico el relato que nos ha transmitido la tradición? El rey del desierto habría sido curado de una herida por el santo Doctor y desde entonces se convirtió en fiel y manso compañero de los monjes de Belén y en auxiliar de sus trabajos campestres. Lo cierto es que el león ha venido a ser el blasón heráldico de San Jerónimo y el símbolo de su misma personalidad. Símbolo magnífico de la grandeza de su vida y de la majestad de su muerte. En ésta encontró la pintura religiosa —recuérdese el lienzo del Domeniquino— un espléndido tema de inspiración; y la piedad, preciosas sugerencias de meditación prolongada.

Sucumbe el león dilatando una mirada por el mundo que le rodea, y dándose cuenta de que no es ya el suyo. La romanidad, incrustada en su espíritu, se le aparece fuera de él mediatizada por una oleada de barbarie; doquiera va penetrando la corriente invasora; el Imperio de Occidente fenece. El Doctor Máximo, igualmente que el Doctor de Hipona, apenas concibe un mundo no regido por la égida civil y militar de Roma, por

más que sus ojos se rindan a la inminencia, a la ya adelantada realidad, de la transformación. Se siente desplazado. Desplazado del ambiente político y social; desplazado también de lo que forma su ambiente íntimo e inmediato. Fué otra su comunidad y fué otra la de su santa amiga Paula: la muerte ha hecho su siega y nueva vida ha germinado; en los monasterios de Belén hay muchas caras jóvenes.

En el comentario sobre Daniel, escrito en 407, el gran intérprete bíblico había reconocido en la famosa estatua del sueño de Nabucodonosor una figuración y una profecía referentes al Imperio romano. El hierro de la estatua era la antigua gloria, el pretérito poder; el barro, la humillación de los días presentes. "Nada más fuerte y resistente que Roma, siglos atrás; nada más débil en esta hora que estamos viviendo: nuestras mismas guerras civiles y también nuestras guerras con pueblos extranjeros, nos han reducido a la necesidad de pedir auxilio a pueblos bárbaros." A fines del 408, Alarico sitió la ciudad de los Césares, que logró librarse del invasor a precio de oro. En 409, el rey de los godos se presentó otra vez ante los muros de Roma. Por fin, en 24 de agosto del 410, la ciudad cayó en su poder. Las hordas de Alarico penetraron tumultuosamente por la puerta Salaria, y la urbe entera fué entregada al saqueo, al pillaje y al incendio, durante varias jornadas. Marcela fué una de las víctimas de la catástrofe. Los bárbaros invadieron su palacio del Aventino, su oratorio, sus salones dorados. Intrépida, se enfrentó con los feroces godos, que la intimaban a entregar los tesoros que no poseía, pues los había distribuído a los pobres. La sometieron a torturas, la azotaron ferozmente. "Se mostró insensible a los golpes y azotes —dice San Jerónimo— y a todos los tormentos; inundada de lágrimas, se había echado a los pies de los asaltantes y les rogaba solamente que no separaran de ella a la virgen Principia... Jesucristo ablandó aquellos corazones, la piedad halló lugar entre aquellas espadas teñidas de sangre. Trasladadas ambas a la basílica de San Pablo, para que hallaran en ella, quizá un refugio, quizá un sepulcro, Marcela estalló en transportes de alegría, dando gracias a Dios por haber preservado el pudor de Principia y por haber permitido que el cautiverio no la hubiera hecho pobre,

sino encontrado ya en suma pobreza, menesterosa del pan cotidiano... Así podía exclamar con toda verdad, como lo hizo: *Salí desnuda de las entrañas de mi madre, y desnuda entraré en mi sepultura. Como ha querido el Señor, así ha sido hecho. ¡Sea bendecido el nombre del Señor!*" (*Epitaphium*, en memoria de Marcela.) Al día siguiente, expiraba la ilustre dama, sacrificada por una aflicción digna de su alma de gran patricia.

Innumerables fueron los fugitivos de Roma que arribaron a las playas de Oriente. Palestina se vió inundada de ellos. "¿Quién hubiera creído —dice el Doctor en su comentario a Ezequiel— que Roma, levantada por sus victorias por encima del universo, hubiese podido caer de tanta altura y ser para sus pueblos a la vez una madre y una tumba? ¿Quién hubiera previsto que un día se vería errantes por las playas de todo el Oriente, del Egipto, del África, a las ricas doncellas de aquella ciudad soberana, convertidas en siervas y en esclavas? ¿Que Belén acogiera en el futuro como mendigos a nobles romanos, a esclarecidas matronas, poco antes llenos de opulencia? Impotente para socorrerles a todos, me aflijo y lloro con ellos. Por esto, entregado enteramente al oficio que me impone la caridad, a la compasión que me inspiran tantos huídos, interrumpí donde se hallaba mi comentario de Ezequiel, y casi todos los demás estudios. Es preciso traducir ahora en obras las enseñanzas de la Escritura: en lugar de decir cosas santas, es necesario hacerlas." Fueron esos fugitivos los que proporcionaron a Jerónimo una multitud de trágicas noticias, entre las cuales y en un mismo día supo la muerte de Marcela, la de Pamaquio y la caída de Roma...

El Santo sobrevivió dieciséis años y ocho meses a Paula, transportada de este mundo a la edad de unos cincuenta y ocho años. Eustoquia —la dócil Eustoquium, trasunto de su santa madre—, contaba unos cincuenta cuando murió en el 418, siendo su prudentísima sucesora en el gobierno del monasterio. Hacia el año 400 había nacido la segunda Paula, hija de Toxotius, vástago de la Santa, y de su esposa llamada Leta. Desilusionada Leta varias veces en sus esperanzas de maternidad, dió a luz, por fin, a esa niña, que creía deber a la intercesión de un santo mártir y que ofreció desde su más tierna infancia

a la vida religiosa. La niña no hablaba aún, cuando Leta, aconsejada por su amiga Marcela, demandó de Jerónimo un plan para su educación. La respuesta fué una epístola riquísima, que puede calificarse de verdadero tratado sobre la formación intelectual, moral y religiosa de las niñas. "Tómela muchas veces la abuela en sus brazos; conozca a su padre por su sonrisa; sea el cariño de todos, y todos sus familiares se alegren de haber sido tallo de una tal rosa." Pero al mismo tiempo la somete muy pronto a la disciplina, a una disciplina que muchas de nuestras madres encontrarían demasiado severa. Asimismo encontrarían excesivamente serio el plan de estudios que traza Jerónimo para la joven cristiana distinguida, sin desprenderla de los trabajos caseros y de las labores que cuadran a la mujer. No habla del estudio de los clásicos paganos. Téngase en cuenta, sin embargo, que se trata de una destinada a la vida religiosa. En cambio, insiste mucho en el conocimiento de la Biblia. "Lea en primer término los salmos, y después fórmese para la vida en los Proverbios de Salomón. Acostúmbrela el Eclesiastés al desprecio del mundo. Saque del libro de Job lecciones de fortaleza y de paciencia. Pase inmediatamente a los Evangelios y no cierre ya más estos divinos libros. Imprégnese su corazón de los Hechos de los Apóstoles y de las Epístolas." Recomienda en seguida la aplicación a los autores eclesiásticos, a los teólogos, en los cuales beberá la niña una doctrina irreprochable. Aquí, nombra a los más grandes escritores cristianos de la época. "Tenga siempre en las manos los opúsculos de Cipriano. Sepa recorrer con seguro paso las cartas de Atanasio y las obras de Hilario. Complázcase en la lectura de esos nobles genios: de ella nada tienen que temer ni su fe ni su piedad."

Una duda se ofrecía, no obstante, al espíritu del monje. ¿De qué manera podría Leta, viviendo en una vida sin duda piadosa pero en el bullicio de Roma, educar a su hijita con tal programa? "Envíala —dice— a su abuela y a su tía... Coloca esa perla preciosa en la gruta de María, en la Cueva donde dió sus vagidos Jesús niño. Haz que se forme en el monasterio, entre el coro de las vírgenes..., que ignore al mundo, que viva la vida de los ángeles... Confía a Eustoquia esa hija, cuyos

lloros son ya una plegaria por tu bien. Confíasela como futura imitadora suya, como heredera de su santidad. Que vea, que ame desde sus más tiernos años a la que por sus palabras, por su actitud, por su andar mismo, es un constante ejemplo de virtud. Que sea mecida en el regazo de su santa abuela, que empezará de nuevo con su nietecita todo aquello que hizo por su hija, utilizando su larga experiencia en el arte de educar, preservar e instruir a las vírgenes." El anciano pedía tomar parte, si era preciso la más humilde, en la formación de la niña. Llevado de una ternura encantadora, dice: "Si nos envías a tu pequeña Paula, yo te prometo hacerme su maestro y como su ama. La llevaré en mis brazos; viejo como soy, balbuciré con ella para acomodarme a su lengua, más contento de mi empleo que Aristóteles no lo estuvo con el suyo de educador de un rey de Macedonia. Porque tendré la misión de formar, no a un monarca destinado a perecer en Babilonia, víctima de un veneno, sino a una sierva y esposa de Cristo, a la cual se ha prometido el reino de los cielos."

El ruego no fué atendido en seguida. Sin embargo, la nueva Paula vino, ya mayorcita, al monasterio de Belén, al lado de su tía. Jerónimo la recomienda al recuerdo de San Agustín y de Alipio, en una carta del 419, después del fallecimiento de Eustoquia, probablemente la última que escribió. Ahora, en su dulce agonía, la mira tiernamente como una esperanza segura de los tiempos nuevos. Por su docilidad a los consejos que ha sembrado en su corazón, por su correspondencia perfecta a los de Eustoquia, esta virgen de veinte años es digna de su nombre. Ella será la madre bendita de la tercera generación de santas mujeres cobijadas en el monasterio de Belén, la tercera flor de una dinastía, el postrer fulgor de la más ilustre de las casas romanas. He aquí un ángel en el mundo que nace, he aquí un ángel de la tierra recibiendo el último adiós del venerando patriarca que emprende su partida a la patria celestial...

LAUS DEO

PEQUEÑA NOTA BIBLIOGRÁFICA

S. Eusebii Hieronymi Stridonensis praesbiteri opera omnia. *Migne,* 1845-1846.— Acta Sanctorum, mensis septembris. — R P. Largent: Saint Jérôme. Colección «Les Saints», París, 1907. — Les petits Bollandistes. Vies de Saints, t. XI.— R P. Pérez de Urbel. Año Cristiano, ts. III y I. — Encíclica *Paraclitus Spiritus* del papa Benedicto XV, en el XIV Centenario de San Jerónimo, Acta Apostolicae Sedis, 1920

INDICE

		Página
I	Como el ciervo sediento...	5
II	De la decepción de un yermo a la cancillería papal	11
III	El mentor del feminismo cristiano	17
IV	Otra vez lejos del mundanal ruido..	25
V	Unos años de paz	33
VI	Obra de cíclope, entre luchas y duelos..	39
VII	Soldado y obrero de Cristo hasta el fin...	49
VIII	Muere el viejo león asomado a un mundo nuevo	57